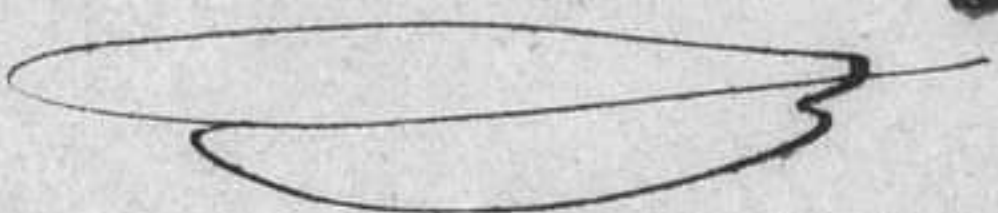


P. V. Lissier


EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOPRIMERO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1868



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 781.

SUMARIO.

La enseñanza secundaria de las jóvenes en Francia; grabado. — Escenas marítimas. — Incendio del teatro de Su Majestad en Londres; grabado. — La liga reformista en Inglaterra; grabados. — Estados Pontificios: Ferrocarril roto por las tropas pontificias en la línea de Foligno á Roma; grabado. — Revista de París. — Poesías. — El nido de águila. — Exposición universal: Interior del palacio del virey de Egipto; grabado. — El picadero de las caballerizas imperiales; grabado. — Debe y haber. — La «Moda» del «Correo de Ultramar»; grabados.

La enseñanza secundaria de las jóvenes

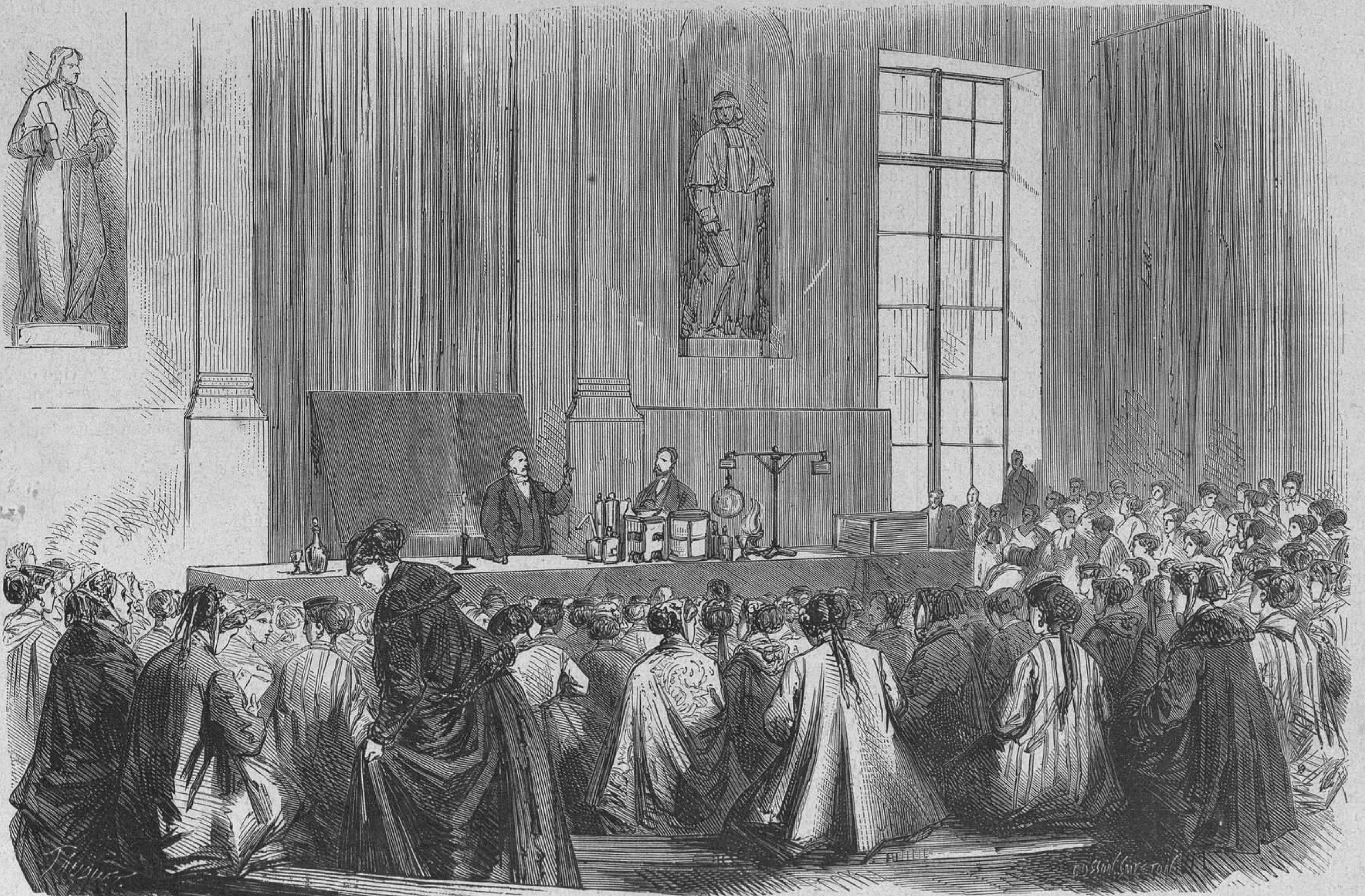
EN FRANCIA.

Nuestro dibujo de esta primera página representa la apertura en la Sorbona de los cursos para la enseñanza de las jóvenes.

Algunos días antes se habían abierto cursos de este género en distintas ciudades del imperio, como Troyes,

Orleans, etc., en presencia de las autoridades y de las notabilidades de la población, en conformidad á este nuevo programa de enseñanza iniciado por M. Duruy, actual ministro de Instrucción pública.

Este programa abraza una instrucción literaria general con destino á las jóvenes, es decir, las lenguas vivas usuales, la geografía, la historia y las verdades científicas. Los cursos se hacen por los profesores de los liceos y los colegios en la Sorbona, en Paris, y en provincias, en una sala de la alcaldía apropiada á este uso. El ministro se propone con esta enseñanza, que adque-



PARIS. — Apertura del curso para la enseñanza secundaria de las jóvenes en la Sorbona. — Lección de física.

ran las jóvenes nociones precisas sobre lo que importa á la sociedad que ellas sepan; y por consiguiente, un juicio recto que las permita apreciar las cosas en su justo valor, y á cuyo beneficio puedan infundir, cuando sean madres, en la inteligencia de sus hijos esos gérmenes fecundos y vivificadores que al desarrollarse harán de ellos las sólidas generaciones que reclama imperiosamente el porvenir. — Tanto en Paris como en las ciudades de provincia, estas lecciones han tenido desde el primer día un auditorio femenino numeroso y selecto.

C. P.

Escenas marítimas.

Estando en las Indias Orientales y queriendo volver á mi patria, me embarqué en Bombay para Suez en un buque árabe. A pesar de la calma que experimentamos nuestra travesía fué feliz.

Desde Suez me dirigí al Cairo, donde encontré algunos amigos, entre ellos un médico que conocí en la India, y que, como yo, pasaba á Europa. Nos hallábamos en marzo de 18... y la peste estaba asolando la ciudad de Alejandría. Queriendo evitar la entrada en aquella ciudad, resolvimos pasar á Roseta para ir por mar á Alejandría, donde sin entrar en la ciudad ni saltar en tierra, determinamos fletar un barco que nos condujese á Marsella.

La casualidad nos sirvió á pedir de boca; el mismo día que fondeamos en Roseta, encontramos un buque, el *Espíritu Santo*, hermoso bergantin de ciento cincuenta toneladas que daba la vela para Liorna. Nos embarcamos pues en él, alejándonos en seguida de las costas de Africa.

Hacia un tiempo hermosísimo; el ambiente era tan puro, que el corazón menos sensible no hubiera dejado de regocijarse. El *Espíritu Santo* era un bergantin excelente; con una brisa ligera hendía las olas y surcaba los mares con tanta presteza como la mejor fragata; además la tripulación se componía de gente marinera.

Todo nos presagiaba pues un viaje próspero y expedito, cuando en la mañana del sexto día, que hasta entonces se había mantenido despejado, se cubrió de repente de negras nubes que se extendieron en un momento por toda la bóveda celeste; nos asaltaron ráfagas espantosas que nos obligaron á acortar velas: llegando la noche sin que la violencia de la tempestad fuese á menos, y soplando el viento en dirección opuesta á nuestro rumbo, fuémos forzosos cambiar la maniobra.

Pero esto no era mas que un preludio de las desgracias que nos aguardaban; queríamos huir de la peste, y la teníamos á bordo. Esta misma noche, mientras que nuestros marineros se estaban amañando para abreviar las horas de guardia, el cocinero subió al puente para advertirnos que un hombre que por la mañana se hallaba algo indispuerto, acababa de morir.

Este suceso despertó naturalmente algunos temores; sin embargo tratamos de desvanecerlos, cuando el doctor que, á ruegos del capitán, había hecho la autopsia del cadáver, nos avisó que había notado en el cuerpo del difunto algunos tumores en la ingle, otros en el sobaco, en el cuello y algunas manchas negras, amoratadas y de color de violeta en el pecho.

¡Cómo cabe pintar la impresión que estas palabras hicieron en mi espíritu! ¡morir de una cruel enfermedad en el mismo instante en que creíamos evitarla! ¡realmente la peste estaba á bordo! En cuanto á mí, aunque aparentase el estoicismo y la calma de un hijo del profeta, mil puñales atravesaban mi corazón, y maldecía el momento en que entré á bordo del buque.

No obstante pasáronse algunos días sin suceso notable; nadie se quejaba, ya la esperanza renacía en todos los ánimos, cuando en la mañana del tercer día, dos de nuestros marineros fueron repentinamente atacados del mal.

Presentáronse los mismos síntomas que en el primer enfermo, dolores agudos en la cabeza, desvarío, calentura, y unos tumorcitos en la ingle y en el bajo vientre, que variaban y se extendían desde el sobaco al cuello; el pecho estaba cubierto de manchas cárdenas. En este trance, era forzoso tomar medidas para contener en cuanto cupiese los progresos del mal.

Con este fin empuñé al capitán para que mandase echar al agua la chalupa que estaba sobre el puente, amarrarla, y colocar en ella los enfermos que eran tres. Adoptóse mi proposición; mas apenas los enfermos fueron colocados en ella, cuando murieron dos; quedaba el tercero que hasta entonces no había podido valerse de sus miembros entumecidos. Viéndose solo, levantó la cabeza, mostrándonos sus ojos angustiados.

¡Desgraciado! pretendía en balde comunicarnos su dolor; sus acentos parecían aullidos; no podía articular una palabra; el delirio se apodera de él, coge con ímpetu el cable que retenía el bote, se acerca á bordo, se esfuerza en subir al puente; mas los marineros sanos le oponen una vivá resistencia; nuestro buque viene á ser el teatro de una escena horrorosa. Tres marineros armados de fusiles calan la bayoneta, pero esta actitud no le intimida. Furioso, con los ojos rebosando sangre y fuego, echando espuma por la boca, procura derribar á sus adversarios.

Arroja denuesos, amenazas, alaridos de desesperación; hace un esfuerzo, se apodera de una bayoneta, salta sobre el puente, y armándose de un espeque se refugia en la proa. Este desventurado iba á caer al fue-

go de los marineros, dos de ellos le apuntaban, cuando el tercero le echa con destreza un nudo escurridizo que sujeta sus miembros, y lo vuelca en el puente.

— ¡Al agua! ¡al agua! gritan al momento los marineros.

Voy á ellos y les hago patente la maldad de semejante acción.

— ¡Al agua! ¡al agua! repiten.

— Debemos, grité esforzando la voz, asistencia á este desdichado, mayormente cuando somos dueños de su persona y no puede ofendernos.

— ¡Perdon! ¡perdon! clamaba por su parte el contagiado que parecía hacerse cargo de su posición, acompañando sus ruegos con el nombre de cada uno de sus camaradas; llamaba al capitán, lloraba á mares y balbuceaba el nombre de su madre. Sus súplicas y las mias fueron desatendidas.

— Si le retenemos por mas tiempo á bordo, respondió el segundo del buque, nos sacrificamos todos.

Estas bárbaras palabras fueron su sentencia de muerte. Echáronle al cuello otro nudo corredizo, se pasó la cuerda por una polea, dos hombres tiraron de ella, elevándole hasta el extremo del mástil, donde quedó colgado algunos minutos; otro cortó la cuerda; el cuerpo del infeliz, que era ya yerto cadáver, hendió el espacio, y se hundió en el profundo abismo para no aparecer mas.

Esta triste escena nos dejó á todos tan absortos, que nadie echó de ver una embarcación que navegaba, al parecer, con la intención de cortar nuestro rumbo. Calculamos que estaría á tres millas de nosotros. Llevaba doce remos por banda, tenía dos palos, ambos inclinados hácia adelante, con dos velas latinas, sujetas por la parte superior á una antena mucho mas larga que el palo mayor.

De frente se le notaban dos cañones y veinte y cuatro pedreros al rededor del buque, los que reposaban en cureñas de hierro; el puente tenía doce escotillas; los remeros, cuyas cabezas distinguíamos cubiertas de un casquete griego, no estaban sentados en bancos como en las demás embarcaciones de remo; y sí sobre los travesaños de las escotillas. Sus piés descansaban en otros, contruidos con este objeto al través del buque.

Con la sospechosa maniobra de esta nave, que juzgamos fuese una falúa griega, y al ver el ímpetu que daban á sus remos para aumentar la celeridad de su marcha, se hacia patente la intención de los que la tripulaban.

Para mayor desgracia, el mal tiempo desde el primer día que empezó no nos había dejado, el mar estaba furioso, navegábamos á viento contrario, y todo redundaba en perjuicio nuestro. Cambiamos pues la maniobra y resolvimos correr borrasca, con la esperanza de salvarnos del nuevo enemigo.

Mas á pesar de la prontitud con que lo ejecutamos y la velocidad de nuestra embarcación, pronto nos convencimos de que era imposible alejarnos. Dos partidos nos quedaban. Resistirnos, ó rendirse sin disparar un tiro.

Ambos ofrecían graves peligros. Poco podíamos esperar de unos hombres que lo saqueaban todo. Por otra parte nuestra artillería consistía en dos malos pedreros, servidos por una tripulación diezmada por la peste.

Yo quería sin embargo que el capitán mandase desembarazar el entre-puente, cargar los pedreros, y que los marineros armados de cuchillos, sables y pistolas se defendiesen á todo trance; mas esta vez mi proposición fué desechada, y resolvieron poner todas las velas y rendirse á discreción, si no lográbamos fugarnos.

Poco tardó en frustrarse nuestra esperanza. Por instantes la falúa adelantaba al *Espíritu Santo*, de modo que solo distaba una milla de nosotros. Cuando estuvo á tiro de pistola, el capitán mandó izar su gran pabellón, y tomando la bocina, llamó al buque corsario, preguntándole qué quería.

Este no dió ninguna contestación. Entonces grité yo con voz esforzada:

— ¡Hola! ¡hola! á bordo de la falúa, ¿qué es lo que queréis?

Apenas hube cesado de hablar, una nube de humo cubrió los costados de la falúa, luego una descarga cerada, acompañada de una gritería espantosa, se disparó como un solo rayo para batir los flancos de nuestro desgraciado bergantin.

El momento temido estaba ya encima, pues vimos que la falúa, esforzando sus remos y maniobra para ganar la popa, nos disparó otra descarga, y se asomaron cien cabezas á un tiempo para echarse encima del puente. El primero que puso los piés en el bergantin fué su jefe, que se dirigió á nuestro capitán, el cual se había adelantado hácia él con la esperanza de salvar la vida y la de su tripulación; pero aun no había empezado á hablar, cuando el bandido le hundió un puñal en el pecho que sacó todo ensangrentado, dándonos á entender con esto que la misma suerte nos estaba reservada, si no nos sometíamos á sus órdenes; y sacando de su cinturón un pistola y apuntándola á la banderola del palo mayor, la derribó.

Era un hombre de unos cincuenta años, de estatura mas que mediana, de cabello encrespado y negro como el azabache, de frente ancha, de vista penetrante: leíanse en sus ojos la codicia y el furor; tenía los labios delgados, y su tez parecía por su color el envés de las botas; su poblada barba le llegaba á la cintura.

Llevaba un rico traje, compuesto de un casquete encarnado, de cuyo extremo pendía una borla azul, entretrejida de oro, una chupa de terciopelo artificialmente labrada del mismo metal, una túnica de lienzo

que le colgaba hasta las rodillas, sobre las cuales tenía puestos unos pantalones de terciopelo del mismo color que la chupa, sandalias encarnadas, y ceñido á la cintura un magnífico alfange y dos pistolas engastadas tambien en oro.

Aunque todos estos pormenores tienen poco interés, produjeron entonces tal impresión en mí, que no puedo recordarlos sin que me parezca que tengo á la vista aquel hombre cruel.

Llamábase Demetrio Candrova; á lo menos este era el nombre que le daba la gente á quien mandó reconocer el buque, al paso que otros, para afianzar nuestras personas, nos obligaron á bajar á la bodega, cerrando despues las escotillas.

Los recelos de lo que podía acontecer afectaron mi ánimo en términos, que juzgué que para ahorrarse el trabajo de matarnos, los facinerosos se darían prisa, despues de habernos robado, á pegar fuego al buque, para sumergirlo en los abismos y tener oculto su delito. En efecto, al cabo de una hora y despues de veinte minutos de no oír ruido alguno encima de nosotros, percibimos un hedor de azufre y de brea que infestó el lugar donde estábamos.

Entonces, reanimando el valor de los marineros, despues de la muerte de nuestro malogrado capitán, quienes me miraban como el único hombre á bordo capaz de salvarlos, les induje á alcanzar este fin; pero la escotilla estaba afianzada con una doble barra de hierro para que no pudiésemos subir á cubierta; por lo que nos creímos perdidos, de suerte que los mas apocados se entregaron á la desesperación, mientras que uno de los marineros removiendo unas pacas de algodón que se encontraban en aquel sitio, descubrió una palanca de hierro.

Me apoderé inmediatamente de este instrumento, y con él di golpes á la escotilla; y con tal acierto, que bien pronto las tablas se hicieron astillas.

Pero ¡qué espectáculo se ofreció á nuestra vista! el fuego devoraba la jarcia, las llamas revueltas en torbellinos de olas ardientes, y un humo denso impelido por el viento, cuajaban toda la popa; pocos minutos despues, el buque formaba una mole inmensa de fuego. Inmediatamente mandé á mi gente que se armara con hachas; yo tambien eché mano de una que había en el puente, el cual quedó desembarazado en algunos segundos.

Esta maniobra nos salvó, porque habiendo prendido el fuego escasamente en las otras partes del buque, pudimos con facilidad apagarlo. Entonces pensamos en orientarnos, y como teníamos á bordo dos pequeños mástiles los sustitui á los masteleros cortados, volviendo desde luego á tomar nuestro rumbo.

Desde aquel momento pareció que el cielo se compadecia de nosotros; el tiempo abonanzó, y á pesar de que habíamos perdido los palos, nos dirigimos durante algunas horas con rumbo favorable. Con la mira de que mi gente recobrase las fuerzas, dispuse que la mitad de la tripulación se entregase al descanso; y aun yo mismo despues de haber dejado el cuidado del buque al segundo fui á echarme en mi hamaca.

Cuando desperté me sentí la cabeza ahumada; un frio helado recorria mis miembros, quise levantarme; pero mis piernas vacilaron y no podían sostenerme. Sin embargo tuve bastante fuerza para subir á cubierta, donde encontré al segundo que, con los codos apoyados en la orla y ocultando la cabeza con sus manos, parecia estar entregado á los mas agudos dolores.

Preguntéle qué había sucedido durante mi ausencia; meneó la cabeza, y alzando los ojos al cielo, vino á decirme que toda nuestra esperanza se había desvanecido. Nuestra permanencia en la bodega, en medio de las pacas de algodón que estaban infectadas, contribuyó al desarrollo del germen de la enfermedad; la mayor parte de nosotros estábamos contagiados.

En cuanto á mí, á pesar del frio espantoso que corría por mis venas, de la extremada debilidad que experimentaba en las piernas, quise incorporarme y hacer frente á nuestras desgracias. Adquirí mas fortaleza al suministrarme algunos vasos de un exquisito vino de Jerez que me acompañaba desde Bombay, y que se salvó de la rapacidad de los piratas.

Aprovechando entonces este momento de calma, mandé al segundo que dirigiese la proa hácia la isla de Rodas de donde distábamos unas setenta millas. El mismo día, el mal tomó un carácter mas grave; dos marineros fueron echados al agua, y otros dos colocados en la chupa de observación; sin embargo, gracias al remedio que había usado la víspera, y de que durante el día había hecho copiosas libaciones, conservaba yo mis fuerzas, cuando al instante de sentarme á la mesa á la hora de la cena, noté que me entorpecía: sobrecogime al ver la comida, levantéme sin chistar por no alarmar á los demás, fui á mi camarote y me eché en mi hamaca, donde el frio me entró y dejó luego para dar cabida á una calentura violenta.

Observando el médico mi palidez y notando que me retiraba de la mesa, adivinó el secreto que yo quería ocultar; vino á visitarme, y para mi consuelo me hizo saber que refrescaba la brisa, y que sin duda á la mañana siguiente llegaríamos á Rodas.

Tomó en seguida de mi bolsillo una cartera donde tenía algunas letras de cambio, y la colocó debajo de mi almohada, humedeció mis labios con vinagre y agua, y despues de haberme tranquilizado diciéndome que estaría mejor al día siguiente, me dejó para volverse á cubierta.

Sobrevinome luego un profundo abatimiento, seguido de una modorra letárgica y de un sueño espantoso que

me recordaba cuanto había visto y los riesgos que había corrido; en fin desperté y descubrí á mi lado al segundo y al médico, que habiendo hecho vanos esfuerzos para despertarme, me creían difunto.

El dolor había aumentado su intensidad, los objetos se presentaban confusamente á mi vista, y me hallaba atormentado de una sed que me devoraba. Fuera de esto tenía debajo de los sobacos un grande tumor del cual fluía un pus negro y copioso; no tardó en apoderarse de mis miembros una ardiente calentura, sintiendo circular dentro de mis venas un fluido abrasador; pero poco á poco, al calor que devoraba mi frente, sobrevino una postración penosa que entorpeció mis miembros, y me arrebató el uso de los sentidos.

Ignoro cuánto tiempo estuve en tal estado de insensibilidad; pero cuando desperté, oí un ruido de cadenas que arrastraban sobre el puente, y poco despues el estruendo de una mole pesada que caía encima del agua. Atendida la inmovilidad del bergantín, creí que habíamos llegado á Rodas y que echábamos anclas. Pero el ruido cesó de repente, y en su lugar se oyeron gemidos lastimosos.

Aturdido de lo que pasaba, reuní todas mis fuerzas, abrí la puerta de la cámara, y trepé á gatas hasta la mitad del puente, sin encontrar á nadie. Los gemidos se oían de tarde en tarde y salían del pie del pequeño mástil que yo había hecho colocar á barlovento; acerquéme y descubrí, envueltos en sus mantas, al cocinero y tres marineros mas, entregados á la desesperación, y golpeándose el pecho.

Por ellos supe que el segundo y los demás marineros de la tripulación que disfrutaban buena salud se habían apoderado del bote y echádolo al mar. Entonces hice nuevos esfuerzos para ponerme en pié, y descubrí el bote que se alejaba de nosotros; pero el médico no estaba. Pregunté por él á mis compañeros de infortunio, y supe que el pobre doctor había sido en pocas horas víctima del mal.

Tendiendo despues la vista á la chalupa que todavía se hallaba en la orla, descubrí en ella dos cadáveres, entre los cuales había un pasajero italiano que hacia tres días estaba allí dando gemidos lastimosos.

Nos hallábamos á ciento cincuenta varas de la costa, la cual ofrecía por todas partes puntas angulares y escarpadas. Nuestra posición era desahuciada, porque á pesar del mal que nos devoraba, no nos atrevíamos á saltar en tierra, sirviéndonos de la chalupa, donde, según llevo dicho, había dos cadáveres y un desgraciado pasajero; por otra parte, alargando los cables y dejándonos llevar de la corriente sobre la tierra, corriamos el riesgo de estrellarnos contra las rocas; no obstante, tomamos este último partido.

Afortunadamente el sitio donde nos hallábamos tenía mucha profundidad, de modo que cuando nuestro buque empezó á tocar, solo estábamos á veinte brazas de tierra. Uno de nuestros compañeros de infortunio que no había tenido mas que una acesión de calentura, y á quien el conocimiento del riesgo en que nos hallábamos había, lo mismo que á mí, vuelto una parte de sus fuerzas, resolvió hacer un esfuerzo para salvarnos. A este efecto tomó dos cuerdas, y amarrando un cabo al mastelero, cogió los otros, y arrojándose al agua, alcanzó la tierra donde los añanzó.

De este modo pudo establecer una comunicación entre el buque y la tierra. Solo faltaba trasladar á ella los enfermos. Para conseguirlo tendimos encima de las dos cuerdas una red bien asegurada por medio de un lazo corredizo; colocada así la red, se deslizaba y conducía al enfermo hasta la playa.

El primero que ensayó este medio de comunicación fué el cocinero, quien llegó felizmente á tierra. Despues me tocó á mí, pero el temor de morir solo y sin socorro, había obrado en mi naturaleza una reacción portentosa.

En aquel entonces ya podía menearme, de modo que me coloqué en aquel extraño vehículo, y haciéndolo deslizar sobre la cuerda, me encaminé lentamente hacia la tierra; mas en el momento en que iba á tocar la costa, me sentí desfallecer, apoderándose de mí una flaqueza extremada, y soltando la cuerda, caí en el agua: el frío me reanimó, y forcejeando volví á subir á la superficie del agua, asime á la punta de un remo que me alargó un marinero á quien debo la vida, y me arrastró á tierra, donde perdí otra vez los sentidos.

Cuando volví de mi desmayo, ví á mi lado uno de mis compañeros, que me dió un vaso de agua fresca y me dijo que el cocinero se hallaba malo de gravedad, en términos que temía se muriese.

También me hizo saber lo que había sucedido desde el momento en que echamos anclas hasta que el segundo y algunos mas de la tripulación se apoderaron del bote y nos abandonaron, debiendo yo añadir aquí, para los que creen que la gratitud y la memoria de los beneficios se desvanecen del corazón humano luego de haberlos recibido, que este individuo me era deudor de algunos servicios que le presté en el momento de la fuga del bote.

Este hombre, á quien en adelante llamaré mi amigo, venciendo su dolor, se acercó á mi camarote para advertirme el riesgo que corría; pero en el momento en que entró en mi cámara, el segundo acababa de salir, el cual, creyéndome muerto, no quiso acercarse.

Pero los marineros, menos medrosos que él, abrieron las puertas de mi camarote y procuraron sacudir la torpeza de mis miembros, indiscreción que les costó cara, porque los demás individuos de la tripulación, temiendo que habían sido infectados por el contacto, no quisieron admitirlos en el bote.

Se deja conocer cuán agradecido quedaria yo á mi libertador, aunque nuestra posición era crítica en extremo; solos, abandonados sobre una costa, sin fuerzas para poder menearnos, solo nos quedaban los ojos que en vano buscaban algun rastro de vivienda.

Por la parte de tierra se descubría una llanura árida y estéril donde se levantaban algunos árboles aislados y desmembrados; en el horizonte, un mar inmenso que se confundía con el cielo era la única cosa que teníamos á la vista, además del buque el *Espíritu Santo* que se hallaba á distancia de diez y ocho ó veinte brazas; combatido por las olas y situado entre las rocas, el pobre buque se iba estrellando, hasta que creciendo las olas lo levantaron á grande altura, formando despues una profunda cavidad donde quedó sumergido y destrozado contra las rocas, llevándose consigo la lancha donde se hallaba todavía el desventurado italiano.

(Se continuará.)

Incendio del teatro de Su Majestad

EN LONDRES.

El viérnes 6 de diciembre último, el teatro de la Opera de Londres, *Her Majesty's Theatre*, que era uno de los mas hermosos de Europa, ha sido presa de las llamas. A eso de las diez y media de la noche algunos paseantes distinguieron en Hay-Market un denso humo que salía de las partes inferiores del edificio. Pronto se dió el grito de alarma, que se repitió en Pall-Mall, Trafalgar square, y en las calles adyacentes. Al punto llegaron socorros; pero ya salían llamas por las ventanitas y el incendio se propagaba con una violencia inaudita.

La noticia del siniestro y las peticiones de socorros fueron transmitidas inmediatamente por el telégrafo en todas direcciones. No tardaron en acudir destacamentos de bomberos y de tropas, sorprendidos en medio de su sueño, en tanto que la policía contenía con gran trabajo á la multitud, siempre creciente, que obstruía las calles contiguas. Muy luego el vasto edificio no fué mas que un inmenso horno: un resplandor rojizo iluminaba el cielo y alumbraba á lo lejos con un siniestro reflejo las techumbres de los edificios. Delante de la fachada de los clubs de Pall-Mall, los restos y las chispas caían como una lluvia de fuego y hacían imposible el paso; los gritos de llamada de los hombres apostados en la techumbre y sobre la columnata para dirigir los esfuerzos de los trabajadores, el chisporroteo del incendio y los clamores de la muchedumbre, formaban una cacofonía extraña y terrible. Mas de cincuenta bombas de vapor y un crecido número de bombas de mano estaban en juego, pudiéndose apreciar la superioridad de las primeras, pues maniobradas solo por un mecánico vomitaban torrentes de agua que al llegar á las brasas se resolvían en nubes de vapor, produciendo verdaderas explosiones, en tanto que las segundas necesitaban treinta hombres cada una y daban un chorro de agua insignificante comparado con el de las otras.

A eso de las doce de la noche llegó el incendio á su mayor intensidad: la techumbre acababa de hundirse en medio de un torrente de llamas y de restos de fuego; abriendo anchas brechas por donde se engolfaba el viento. El foco central, que había tomado un blanco incandescente, esparcía una claridad deslumbradora sobre la cual se destacaban en sombrío perfil las paredes del edificio; el desórden y los rumores de los primeros momentos habían cesado, y la multitud fascinada por la imponente grandeza del espectáculo, asistía á él recogida y silenciosa. El ruido incesante de las bombas, el silbido del vapor que se escapa de las calderas, y á veces también el estrépito de los vidrios que hacia saltar el calor, se mezclaban con el ruido siniestro de la llama. A eso de la una toda la parte Sur del teatro no era mas que un montón de ruinas; pero el fuego se propagaba á la parte Norte y amenazaba á las casas adyacentes, por cuya razón era preciso tomar medidas, para atajar sus progresos. Ya una mudanza general había comenzado con las calles próximas; en Opera Arcade, los habitantes trataban de sustraer sus efectos á los destrozos del fuego, pero el calor era tan intenso, que debieron abandonarlo todo y muy luego vieron que cuanto poseían era presa de las llamas. Muchos se arrojaban el caballo de desesperación, y otros lloraban, pues lo que habían perdido era toda su fortuna.

Finalmente, á eso de las dos lograron circunscribir el incendio; muchas de las casas contiguas estaban deterioradas y del teatro no quedaba mas que cenizas, sobre las cuales no cesaron de echar agua hasta una hora avanzada del día siguiente.

La causa del siniestro no se conoce aun con certeza; aquella tarde había habido un ensayo de *Fidelio*, y por la noche los bomberos de servicio habían hecho su ronda ordinaria. Parece ser que el incendio tuvo origen en las bodegas donde están los caloríferos y varios almacenes de materias inflamables; pero lo cierto es que se propagó con una rapidez fulminante y no fué posible dominarle cuando se dió el grito de alarma. Solo el edificio, que pertenecía á lord Dudley estaba asegurado; el material del teatro, los archivos, las preciosas colecciones reunidas en él, todo esto se ha perdido, y al sentimiento que inspira el perjuicio material, se añade el dolor de ver aniquiladas tantas y tan inapreciables riquezas, cuya destrucción no podría compensar ninguna indemnización pecuniaria.

M. L.

La liga reformista de Inglaterra

y sus principales miembros

E. BEALES, E. JONES, BAXTER LANGLEY Y EL CORONEL DICKSON.

(Conclusion. — Véase el número 779.)

M. ERNESTO JONES.

M. Ernesto Jones es hijo de un oficial distinguido que hizo las guerras de la Península, se encontró en Waterloo y fué despues caballerizo del difunto rey de Hannover. Nació en Berlin en enero de 1819, y le bautizaron en la embajada inglesa. Ernesto Jones pasó su infancia en el continente y acabó sus estudios en la universidad de Göttingue. Habiendo regresado á Inglaterra, entró en el foro, en Middle-temple (Londres), en 1844, y al cumplir su mayor edad se casó con miss Aherley, sobrina de Eduardo Stanley, que fué durante veinte y cinco años miembro de la Cámara de los Comunes y jefe de la rama primogénita de los Stanley.

Por la posición de su padre, por las circunstancias que acompañaron á su nacimiento, y por sus amistades y su casamiento, M. Ernesto Jones no tenía en la sociedad mas que relaciones aristocráticas. Sin embargo, apenas llegó á la edad de la razón, se constituyó en defensor de los derechos populares, así es que su carrera de jurista duró muy poco. En 1845 se unió con Feargus O'Connor y muy luego fué reconocido por uno de los jefes mas hábiles y elocuentes de los cartistas. Nosotros podemos añadir que lo era por convicción, como lo probará el hecho siguiente. En el momento en que estos innovadores preocupaban mas la atención pública, no sin excitar alarmas en las clases superiores de la sociedad, y cuando el gobierno deseoso de calmar estas zozobras se disponía á encarcelar á la mayor parte de los jefes, un tío opulento de M. Ernesto Jones le notificó que eligiera entre renunciar á su género de vida y la pérdida de la herencia que le destinaba M. Jones sin titubear optó por su posición de jefe cartista, sacrificando sin sentimiento 50,000 francos de renta. Poco tiempo despues estaba en la cárcel y su tío legaba toda su fortuna á su jardinero.

Por este rasgo se comprenderá que M. Jones no debe ser tomado por uno de esos políticos de color problemático cuya conciencia reposa tranquilamente en el fondo de un arca. Partidarios y enemigos políticos, todos le conceden el homenaje de estimación á que siempre tiene derecho la sinceridad.

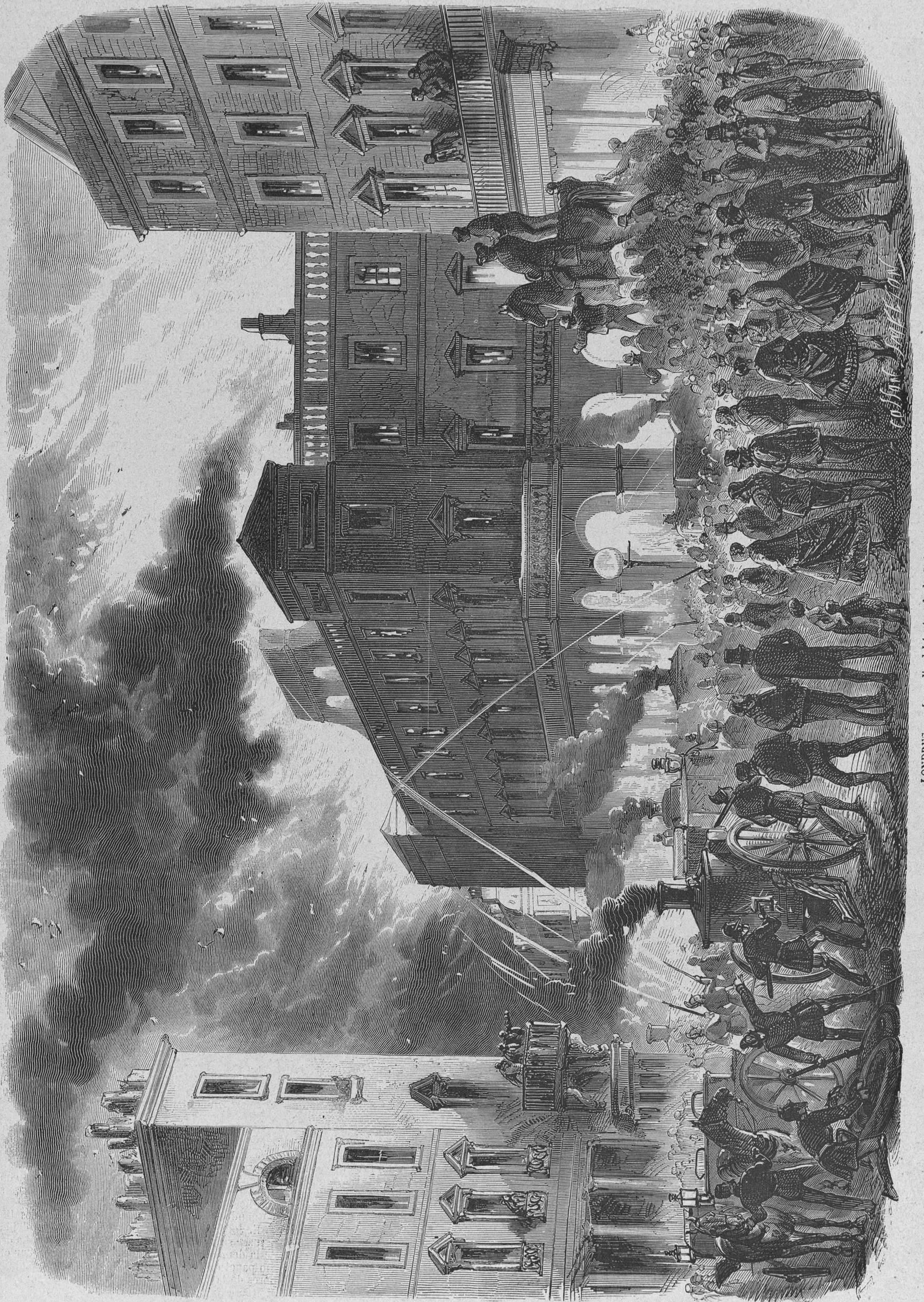
M. Jones sufrió dos años del mas cruel encierro, y él mismo ha contado sus torturas estudiadas en una carta dirigida accidentalmente el año último al periódico reformista *la Commonwealth*. De día estaba encerrado en una celdilla de 12 piés sobre 7, sin silla ni mesa, y de noche le trasladaban á otra de 9 piés sobre 4. Entrambas estaban abiertas por sus ventanas sin vidrieras al viento, á la lluvia y á la nieve, y aun en el rigor del invierno le negaban lumbre para calentarse. Con frecuencia se acostaba en un miserable camastro y el agua del cielo chorreaba de sus vestidos empapados. Por la mañana, con tiempo bueno ó malo, tenía que ir medio desnudo á lavarse en medio de un patio frío y húmedo, y muchas veces tuvo que romper el hielo del pilón en donde se lavaba.

Comía sin cuchillo ni tenedor y los alimentos que le daban eran tan malos que el pobre preso había perdido sus fuerzas gradualmente, y como á esto se añadieran los atroces dolores que sufría, llegó un momento en que no podía moverse sino arrastrándose sobre sus manos.

Durante 19 meses de los 24 que estuvo encerrado, le privaron de libros, papel y plumas, y condenado al silencio absoluto, casi debería decir á la impasibilidad sepulcral; una vez en castigo de una sonrisa involuntaria, le tuvieron tres días en un calabozo con pan y agua por todo sustento. Finalmente, el postrer refinamiento de la crueldad fué no permitirle que recibiera noticias de su mujer y de sus hijos mas que cada tres meses. Los demás jefes cartistas que fueron encarcelados al mismo tiempo que M. Jones murieron, dos de ellos al cabo de seis meses de esta bárbara prisión, y el tercero un mes despues de estar libre.

En cuanto M. Jones salió de la cárcel, se consagró á los deberes de su profesión y cultivó las letras con ardor. Sorprende el número de sus obras. Comenzó por ser director de la *Northern Star*, y escribió casi sin colaboración sus *Cartas al pueblo*; luego dió sus *Veladas con el pueblo* y el *Espíritu de los Bosques*, novela en dos tomos. Es probable que M. Jones deberá la mayor parte de su celebridad á sus composiciones poéticas. Sucesivamente ha publicado varios tomos de poesías con distintos títulos, y el *Athenæum* y otros periódicos serios han hecho elogios de sus obras.

Cuando estalló la guerra civil en los Estados Unidos, M. E. Jones salió de su retiro filosófico y volvió á comenzar su vida militante en favor del Norte. La defensa de la democracia americana le arrastró á llenar el mismo papel en Inglaterra, y vino á ser uno de los fundadores de la *Manchester manhood suffrage league*, asociación que fué el todo del movimiento reformista en el Norte de Inglaterra, como la *Reform league* era el



LONDRES. — Incendio del teatro de la Reina.

centro en el Sur. Su incansable actividad y su influencia sobre sus partidarios han hecho que los reformistas le consideren como el *alter ego* de M. Beales, ó segundicen ellos, como el EDMUNDO BEALES DEL NORTE.

Hace ya unos diez años la *Saturday-Review* rendía homenaje á la inflexibilidad de principios de M. Ernesto Jones, en los términos siguientes:

« M. Stuart Mill ha dicho que en Inglaterra nadie se interesa en la política y que los ingleses no se cuidan de nada, si no es de hacer fortuna y asistir á los oficios los domingos. Conviene hacer excepciones á esta regla que se aplica con razon á la mayor parte del pueblo, y M. Ernesto Jones es una de las mejores excepciones que pueden citarse. Hombres como él elevan el nivel de la vida pública y purifican su atmósfera. »

M. Ernesto Jones pertenece á ese corto número de hombres privilegiados que se inmolan á la causa que han abrazado hasta llegar á ser mártires políticos.

M. BAXTER LANGLEY.

M. Baxter Langley es hijo de un *clergyman*, y nació en Shrewsbury, donde



Ernesto Jones.

era cura su padre. Comenzó sus estudios en la *King-School* de Sherbourne, pues su familia le destinaba á la Iglesia, pero ulteriormente entró de estudiante de medicina en el *King's College* de Lóndres, pasó un brillante exámen en la universidad de la misma ciudad, y luego fué á estudiar á la Escuela de medicina de Leeds, donde alcanzó casi todos los premios.

En 1842, cuando ya estaba admitido en el Colegio real de los cirujanos de Inglaterra en Lóndres, M. Langley se estableció para practicar en la ciudad de Blackburn.

M. Langley, sin descuidar su profesion, se interesó vivamente en las cuestiones de economía social, y muy luego se mostró como uno de los defensores mas activos de las causas justas.

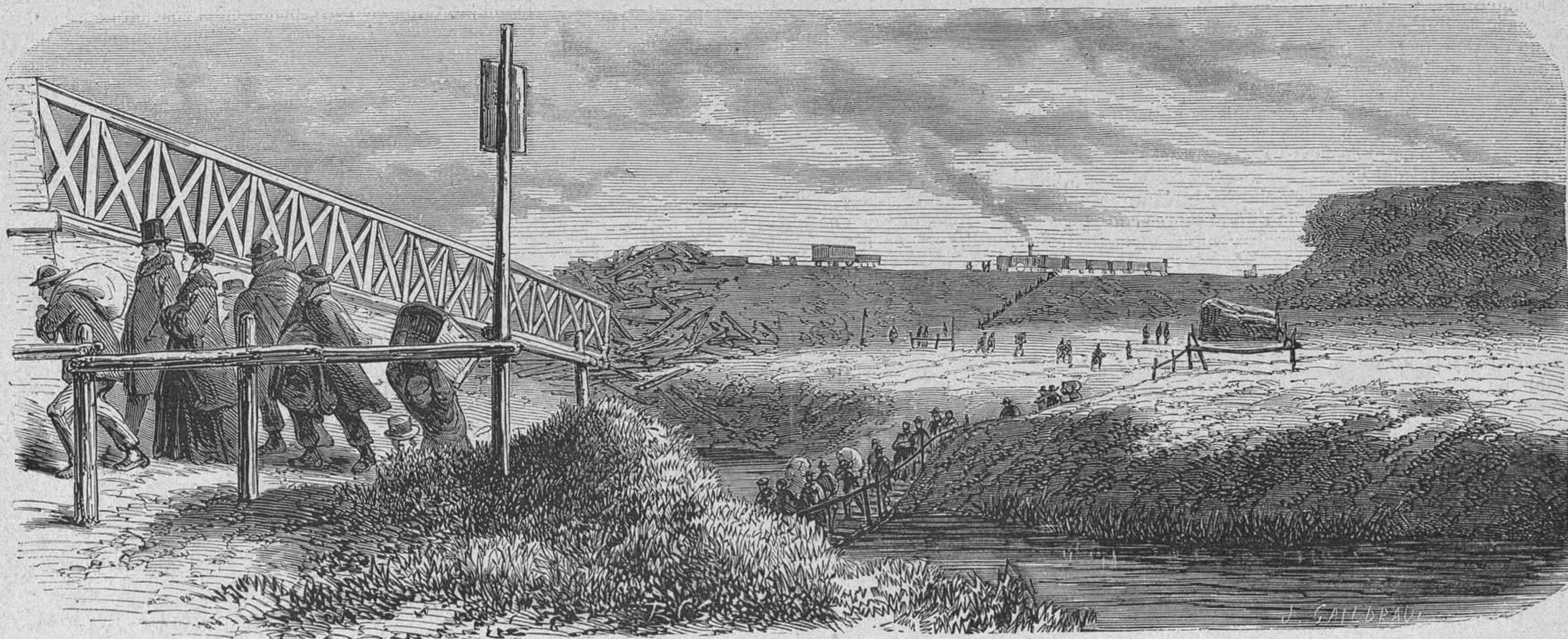
Hizose el ardiente abogado, en torno de los suyos, del proyecto de ley llamado de las Diez horas, destinado á la proteccion de las mujeres y los chicos en las manufacturas, y tuvo la honra de ser nombrado por el presidente lord Shaftesbury en un discurso que sobre la materia pronunció en el Parlamento. Cuando la agitación que produjo la abrogacion de las leyes sobre los cereales, M. Langley abogó por la adopción de esta medida, por medio de la palabra y de la pluma. Durante la desastrosa enfermedad de las patatas, en 1847-48, visitó la Irlanda, y las descripciones que envió á los periódicos



Howel, secretario del comité.



Baxter Langley.



ESTADOS PONTIFICIOS. — Ferro-carril roto por las tropas pontificias en la línea de Foligno á Roma.

sobre los padecimientos de este desdichado país, fueron muy notadas entre todas las que se publicaron en aquella época.

De corresponsal, M. Baxter Langley, se hizo muy luego redactor en jefe, y dirigió sucesivamente el *Stockport Mercury*, el *Lancaster Guardian*, y llenó casi solo el *Family Friend* y el *Family Tutor*, contribuyendo así grandemente á la fundación de una nueva escuela de literatura doméstica.

Cuando la fundación de la *Morning Star*, quisieron ponerle al frente; pero como su salud se perjudicaba con el trabajo que exige un periódico diario, debió limitarse, juntamente con M. Jones, á la redacción del *People's paper*, publicación liberal hebdomadaria.

Por este tiempo M. Baxter Langley tomó parte en una discusión pública que hubo en Exeter-Hall sobre la cuestión de la observancia del domingo, teniendo por opositor á un *clergyman*, encarnizado defensor de la consagración completa de este día. Los debates duraron dos noches, y M. Langley alcanzó un triunfo memorable. En Glasgow renovó la lucha contra otro ministro que venció igualmente. Desde entonces no ha cesado de sostener la Liga nacional del domingo (de la que es vicepresidente), liga que se propone no autorizar el trabajo el domingo, sistema que no aprovecha á los trabajadores, y les priva de todo reposo, sino simplemente obtener la entrada los domingos por la tarde en los museos y otros centros nacionales de educación.

Hace pocos años M. Langley era director de la *New-Castle-Chronicle*. En 1863 lo fué del *Preston Guardian*, y estando en esta ciudad, hizo una lectura sobre la escasez del algodón y los medios de remediarla, que habiendo sido citada por el *Times*, le obligó á volver á Londres, donde reunió sus esfuerzos y sus conocimientos con los de un grupo de comerciantes influyentes para hacer venir la preciosa materia de las costas occidentales de Africa. Despues de esto, M. Langley se consagró á una profesión doble, la de médico y procurador, que no puede existir sino en un país tan práctico como la Inglaterra.

Cuando las últimas elecciones generales, M. Baxter Langley se ofreció á los sufragios de los electores de Greenwich, pero no salió triunfante. Sin embargo, se reserva presentarse muy luego en el mismo colegio, bajo los auspicios de la nueva ley electoral.

Tal es el rápido resumen de una carrera abundante en trabajo. Una biografía mas extensa pasaria los límites de este bosquejo. Añadiremos no obstante que M. Langley ha hallado tiempo, en medio de sus numerosas ocupaciones profesionales, para estudiar con fruto muchas cuestiones relativas á la higiene de las ciudades, para hacer lecturas en todos los puntos de Inglaterra, etc. M. Langley ha reunido sus escritos en prosa y en verso con este apetitoso título: *A Literary Sandwich*.

Vemos pues que M. Langley posee una gran variedad de aptitudes. En Inglaterra esta riqueza de facultades se acepta sin dificultad, pues los ingleses conciben que un hombre descuelle en mas de un ramo de las letras, las ciencias y las artes.

M. Baxter Langley estaba en la *Marble Arch*, una de las entradas de Hyde Park, el 23 de julio de 1866, día de la gran demostración que se cambió en motin, y segun confiesan sus colegas de la Liga reformista, á él corresponde el honor de haber reducido á nada las medidas provocadoras que tan neciamente tomó aquel día el ministro del Interior M. Walpole.

La liga reformista no piensa disolverse antes que haya alcanzado el doble objeto que se propone, el sufragio universal y el escrutinio secreto.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la ley electoral de 1867 marca una era enteramente nueva en la historia política de Inglaterra. El reinado de la aristocracia ha concluido, y el cetro va á pasar á manos de la democracia, lo que no tardará en ser evidente. Los ingleses no se muestran indiferentes al cambio radical que acaba de operarse, como lo prueba el nombre de *Segunda grande carta* que dan á la ley Disraeli. Esta ley cortará en dos partes bien distintas los anales de la Inglaterra; ella ha quebrantado todo el antiguo orden de cosas, y preparará las bases de la condición futura, tanto política como social del país.

Puede juzgarse la importancia de la revolución que acaba de cumplirse, por el hecho de que hombres considerados hasta en estos últimos tiempos como demagogos, verbigracia, M. Bright, confiesan hoy sus alarmas, y bajo este concepto se hallan clasificados con los liberales moderados y los conservadores á quien tanto miedo hacían anteriormente. Por otra parte, M. Disraeli, que era considerado como un tory incorregible, como uno de esos refractarios que ni aprenden ni olvidan nada, suplanta hoy á M. Gladstone en toda su popularidad.

Cierto es que á propósito del canciller del Ecuquier actual, se oye mas de una vez hablar del *golpe de gracia*; en cuanto á su jefe de fila, lord Derby, defensor natural de la aristocracia, y que parecia dispuesto á hacer una resistencia heroica, se dice que si por sus propias manos ha abierto las esclusas de la democracia, es simplemente porque ha caído en la infancia.

J. A.

Revista de Paris.

El primer día del año de 1868 se anuncia con las sonrisas de costumbre, con las felicitaciones y los agasajos de ordenanza. Dos semanas antes de esta fiesta célebre, Paris toma un aspecto inusitado. Cuanto es posible inventar para atraer la atención de la gente, otro tanto se inventa, y se preconiza en los periódicos. No hay comerciante que no entresaque de su surtido un artículo especial para consagrarse á los aguinaldos. Convencidos los vendedores de que todo habitante de esta gran capital debe verse en la imprescindible obligación de hacer algun regalo, ofrecen entre todos una elección en la que es imposible dejar de hallar algo que nos seduzca. La librería principalmente reserva para esta época del año todos sus primores. ¡Qué de obras nuevas, rejuvenecidas, y á veces resucitadas del polvo que las cubria años y años! Ya se ve, ¡un libro se regala tan fácilmente, y con relación á los famosos artículos de Paris cuesta tan poco! Los escritores de mas nombradía contribuyen á ensalzar las producciones editoriales. El lunes último, Jules Janin, en el lugar que ocupan invariablemente sus críticas teatrales, expone al público los títulos de una serie de obras ilustradas que son otras tantas preciosidades bibliográficas.

Despues tenemos los anuncios de los fabricantes de juguetes, de los confiteros aristocráticos, de las casas de bronce y objetos de arte, todos ellos con enumeraciones de cosas nunca vistas, y lo mas propio que puede encontrarse en Paris para los regalos de Año nuevo. ¿Qué mas? Hasta los casamenteros de oficio anuncian á las madres los partidos mas ventajosos para sus hijas, en la diplomacia, la magistratura, en todas las clases privilegiadas por la posición ó la fortuna. Todo esto con motivo de los famosos aguinaldos.

Hasta aquí no hay mal ninguno para los recalcitrantes, pues no es forzoso comprar libros, ni juguetes, ni dulces, ni tampoco todos los padres confían en las agencias matrimoniales; pero lo apurado del caso es cuando acuden en interminable procesion el cartero, el repartidor de periódicos, el barrendero de la calle, el portero, los criados; ante esta multitud de felicitantes interesados, las monedillas de oro desaparecen que es un portento. Años atrás la pieza de cinco francos contentaba á todos; en el día, pobre del que se atreve á sacarla á relucir, pues ya tiene conquistada fama de avaro. Todas las cosas han subido de precio, y por consiguiente los aguinaldos se han de poner á la altura de las circunstancias.

De todos modos, ello es que á la vuelta de estas socaños, el día de Año nuevo constituye en Paris una festividad en la que toman parte todas las clases. Despues que se ha agotado el bolsillo repartiendo su contenido entre tanto solicitante, se olvida el impuesto forzoso, y no se piensa mas que en celebrar lo mas alegremente posible el primer día del año.

Desde por la mañana empiezan las visitas de ceremonia. Los ministros, los mariscales, los altos funcionarios se ponen en ese día el uniforme de gala que no abandonarán durante una semana, tiempo que duran las visitas oficiales.

Estas recepciones inauguran, digámoslo así, las grandes fiestas del invierno. Entrado el mes de enero, ya no hay razón para que permanezcan cerrados los salones, y efectivamente, ya se anuncian los primeros bailes del mundo oficial, que traerán consigo el séquito tradicional de las reuniones particulares. Por otra parte, tambien han principiado los bailes de máscaras de la Opera, de manera que ya podemos decir que hemos entrado de lleno en la época de las diversiones.

Y no obstante los aguinaldos, las recepciones, los bailes de máscaras, los anuncios por todas partes de próximas fiestas, el punto negro no desaparece del horizonte, antes bien parece clavado en él como una estrella funesta. Si por un momento la vista se aparta del terrible presagio, luego, muy luego vuelve á él con mas obstinación que nunca.

Efectivamente, echando una ojeada en nuestro derredor, ¿qué descubrimos? Aquí se discuten leyes para dar una nueva organización á los ejércitos, esto es, para aumentarlos hasta el punto de que no quede un mozo válido que no tome el fusil; allí se disponen nuevos armamentos, allá y acullá se da cuenta de nuevas invenciones que aventajan en fuerza destructora á todo cuanto se ha imaginado en nuestros días.

Esta es la perspectiva nada lisonjera del año 1868.

Por lo demás, el furor de armarse las naciones pica ya en historia.

Tenemos á la vista un folleto que se titula: UNA ORGANIZACIÓN MILITAR COMPLETA, escrito por un belga, quien propone que para que su país no se quede atrás en el movimiento general que arrastra á toda Europa, propone la *militarización* de toda la Bélgica. «Cuanto mas fondos se dedican á la milicia, exclama el autor, mas se hace respetar un pueblo de sus vecinos. La fuerza hace la ley.»

El folleto combate á la comisión gubernamental que se ocupa en la reorganización del ejército, porque ha dado un trabajo imperfecto, porque se ha quedado á medio camino. El espíritu militar debe impregnarse en el hombre cuando está en la cuna, y no debe abandonarle sino al borde del sepulcro.

Vamos á extractar algunas de las disposiciones propuestas por el autor del folleto, quien supone que el gobierno, conociendo su especialidad, le ha encargado de proceder no solo á la organización del ejército, sino á la organización militar de toda la Bélgica.

«El ejército de mar consistirá en una escuadra de 365 buques acorazados, y el ejército de tierra se dividirá en ejército permanente y en guardia cívica.

» El ejército permanente se compondrá de 400,000 hombres, y el contingente anual será de 40,000.

» A fin de aprovecharlo todo, se formarán regimientos de jorobados y patituertos.

» Para evitar toda sorpresa, el ejército estará siempre en pié de guerra.

» A fin de seguir los progresos del siglo, se cambiarán los cañones cada tres años, y en cuanto á los fusiles, se cambiarán anualmente, para que no nos aventaje ninguna otra potencia.»

Siguen otras disposiciones, como el cambio continuo del uniforme, y la obligación que tendrá el militar de no abandonar nunca el arma hasta en el paseo, y luego vienen los capítulos de la guardia cívica, que la compondrán todos los ciudadanos que no formen parte del ejército; los de las fortificaciones y los campamentos en permanencia.

Lo mas curioso es la parte general del proyecto.

«Para que el país, dice, marche con paso firme por la gloriosa carrera en donde debe adquirir tanta gloria, es urgente hacerle respirar una atmósfera militar, y hé aquí las principales disposiciones que deben adoptarse:

» El jefe efectivo del gabinete llevará el uniforme de coronel de coraceros, como sucede en el país de nuestro vecino del Este; los demás ministros el de coronel de infantería.

» Todos los funcionarios civiles llevarán tambien uniforme militar, con grados correspondientes á su posición respectiva.

» Los gobernadores de provincia serán reemplazados por generales, y así los demás funcionarios del órden administrativo, siguiendo la graduación correspondiente.

» Los notarios y demás funcionarios ministeriales, incluso los directores de diarios oficiosos, llevarán uno de los dos uniformes del ejército, segun las simpatías que tenga el gobierno por el vecino del Este ó el del Mediodía.

» En interés de la pronta militarización del país, se tomarán estas medidas:

» Se harán al ruido del tambor los casamientos, bautismos y entierros.

» Las mujeres que se hallen en posición interesante deberán marchar todos los días por lo menos una hora al paso militar, cantando himnos belicosos.

» Las amas de cria harán el mismo ejercicio.

» Los padrinos y otros parientes generosos tendrán cuidado de no dar juguetes á los niños, que no sean fusiles, tambores, trompetas y demás utensilios de milicia.

» En todas las escuelas, primarias ó superiores, se consagrarán todos los días por lo menos seis horas á ejercicios militares, vistiendo los alumnos el uniforme. Estos ejercicios tendrán lugar con fusiles de madera en las escuelas primarias, y con fusiles verdaderos en las restantes.

» Las únicas piezas que tolerará la censura en los teatros, serán militares.

» Por último, en los bailes no se podrán ejecutar mas que contradanzas militares.»

El autor concluye señalando los medios oportunos para hacer frente á los gastos, y el principal de ellos consiste en aplicar á su verdadero destino todos los fondos que hasta el día se han consagrado á objetos subversivos, como escuelas, obras públicas, etc. De los museos de arte se hará una gran almoneda, y su producto se invertirá en la construcción de sólidas fortalezas armadas con magníficos cañones.

Así, piensa el autor del folleto, que se pondrá la Bélgica á la altura que la corresponde en el concierto europeo.

Volviendo ahora á Paris y á la cuestión del día, que es la de las *étrennes* ó aguinaldos, añadiremos á lo dicho ya, que no hay medio que no se ponga en juego para atraer á los compradores. Por ejemplo, se trata de uno de esos libros nuevos ó rejuvenecidos para la circunstancia, que se desea despachar cuanto antes para liquidar de una vez una mala empresa, y á los anuncios, reclamos y recomendaciones de los diarios, se añaden extractos y anécdotas entresacadas con acierto para dar á conocer todo el interés que debe inspirar la lectura de la obra. A veces la obra en cuestión no ofrece en su conjunto interés alguno, pero en cambio, le tiene verdaderamente la anécdota. Sin citar títulos ni nombres, vamos á referir aquí una historieta extractada de unos estudios sobre la Rusia, recientemente resucitados para los aguinaldos parisienses, que probaria en caso necesario la verdad de lo que decimos.

Es un relato trágico que entra de lleno en el dominio de la crónica: se trata de dos esposos que no se separaron nunca.

Pedro el Grande tenia en su corte un bufon patiuerto y jorobado llamado Nikolieff, que como todos los bufones, se distinguia por sus epigramas dirigidos contra todo el mundo, hasta contra el mismo emperador.

Una mañana pues, este bufon se presentó á pedir á su señor y amo la correspondiente licencia para contraer matrimonio.

El czar preguntó que quién era la esposa, y habiéndole contestado el bufon que era Catalina Italivaski, la camarista mas hermosa de la emperatriz, S. M. no pudo menos de extrañar la sorpresa que le causaba semejante enlace.

— ¿No consideras, le dijo, que ella es hermosa y tú feo, que ella es joven y tú no lo eres?

— Es verdad, pero lo cierto es que me ama, contestó el bufon dándose tono; no todo el mundo me mira con tan malos ojos como mi amo y señor.

— Lo que yo creo, es que tú has de tener mucho dinero, repuso maliciosamente el czar.

— Caso de ser así, no sería yo el único que fuese amado por mis riquezas. Personajes altísimos, ricos y poderosos conozco yo que creen ser amados por sí mismos, cuando no lo son más que por su dinero, añadiéndose á esto que se les engaña completamente sin que ellos lo recelen.

El emperador se mordió los labios de ira, pues el bufon insolente aludía á una aventura de Pedro con la misma Catalina, objeto en San Petersburgo de las murmuraciones de la corte.

— Enhorabuena, dijo reprimiendo su cólera, te casarás con Catalina ya que así lo quieres. Yo me encargo de los gastos de la boda, y te regalaré el palacio en que vivirás con tu linda esposa; pero mientras tanto te prohíbo salir de tu cuarto á no ser que desees entablar relaciones con el knout, comparado con el cual son caricias los latigazos que de vez en cuando sacudo en tus espaldas.

Quince días despues, el 14 de enero de 1720, despertó al bufon al rayar el alba una música junto á la puerta de la estancia que le servía de cárcel. En ella entraron muchos criados del czar, quienes le pusieron ricos vestidos y le acompañaron hasta dejarle en un trineo tirado por cuatro hermosos caballos, y en él, en medio de brillante comitiva compuesta de damas y caballeros de la corte, fué llevado á la catedral de Nuestra Señora de Kasan, donde se celebraron sus bodas con un esplendor que no solo tranquilizó, sino que llenó de vanidad al contrahecho bufon.

Dada que fué la bendición nupcial, subieron los esposos á un trineo, y fueron conducidos á orillas del Nawa, á un sitio apartado de la ciudad, en el cual se levantaba un magnífico palacio. Todo él parecía de cristal; en sus paredes se reflejaban, vistiéndolas de mil colores, las antorchas del cortejo; y así debía ser, como que lo formaban pulidas moles de hielo, unidas entre sí con agua en vez de argamasa.

El bufon y su esposa fueron llevados á un salon cuyas sillas, mesas y arañas estaban hechas tambien de hielo, y en presencia del czar les fué servida una cena de real magnificencia. Las copas de hielo de Nicolieff y Catalina se llenaron repetidas veces de vino delicado y sabroso, hasta que por último, á una señal de Pedro, los esposos, ébrios y vacilantes, fueron llevados y encerrados en una sala donde habia un lecho formado por un gran pedazo de hielo esculpido y dorado; y allí se les dejó sin lumbre y con los vestidos en desórden, con un frío de diez ó doce grados bajo cero.

Sellaron la puerta de la sala con solo echar agua, todos se alejaron, y el emperador, que se quedó el último, exclamó al retirarse:

— ¡Tendrán una noche de novios como jamás se ha visto otra!

Siete meses despues, es decir, á fines de agosto, el palacio se conservaba todavia, aunque ciertas partes del exterior se habian medio derretido con el aire templado y el sol, y formaban como estalactátidas opacas.

Poco á poco el extraño monumento fué perdiendo su transparencia y se convirtió en una masa informe, á cuyo través cesaron de verse los cadáveres de los dos esposos conservados por el hielo.

Sin embargo, el invierno volvió á consolidar todo aquello, y al cabo de dos años, el deshielo, el polvo, las lluvias, las heladas y el sol habian hecho del mágico palacio un monton negro y de asqueroso aspecto.

Entonces el emperador mandó que se quitaran de allí tan repugnantes restos, y aun se señala con horror en las márgenes del Nawa el sitio que ocupó el palacio-sepulcro del bufon Nikolieff y de su esposa.

Los diarios de estos últimos días han anunciado el fallecimiento de un alto personaje de la aristocracia francesa, el duque de Luynes que se hallaba en Roma desde los últimos acontecimientos. El duque de Luynes era uno de los grandes coleccionistas de Europa, y si los objetos preciosos que ha reunido salen á venta pública no dejará de haber aficionados que se los disputen.

Entre tanto, para uno de estos días se anuncia la venta de la galería de M. Duchatel, en la cual se cuentan entre otras obras maestras el famoso cuadro de Ingres titulado la *Source*, por la que, segun se dice, pagó á su autor la suma de cien mil francos. Es de creer que en la almoneda que se prepara alcanzará un precio mas subido.

Al propio tiempo que se ha dado la noticia del fallecimiento del duque de Luynes han comenzado á circular rumores alarmantes acerca del mal estado de salud en que se encuentra M. de Lamartine.

Parece ser que el ilustre poeta pasa días enteros sumergido en una completa postracion en su palacio de la Borgoña. Ninguna conversacion le despierta, ni le anima la presencia de ningun amigo. Todos temen un desenlace funesto y próximo de esa especie de letargo fisico y moral que le ha sobrecogido.

Ninguna novedad importante hemos tenido en los teatros estas últimas noches. En el Francés está para estrenarse una comedia en cuatro actos y en prosa titulada: *Madama Desroches*, original de M. Leon Laya, y en la Opera Cómica se prepara el *Primer día de Felicidad*, nueva partitura de Auber.

A punto para estos días de asueto, la empresa del Cha-

telet ha dado la primera representacion de los *Viajes de Gulliver* pieza de grande espectáculo, dividida en treinta cuadros, lo que equivale á treinta decoraciones.

El público de la primera noche no hizo una acogida entusiasta á esta produccion que, como todas las de su género, es un tejido de incoherencias y de absurdos; pero no dudamos que el aparato escénico, en el que hay cuadros verdaderamente nuevos é interesantes, agrada á la masa de la gente que, en Paris como en todas partes, tiene un flaco marcado por esta fantasmagoría de las comedias de magia. Séguro es que muchos parisienses se darán estos días la satisfaccion de asistir á la representacion de los *Viajes de Gulliver*, á guisa de aguinaldos.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

TU VENTANA.

Alegre es tu ventana, vida mia.
TEODORO LLORENTE.

Gallarda vid con hojas de esmeralda
Rico dosel á tu ventana ofrece,
Formando en el espacio aérea guirnalda
Que al beso de los céfros se mece.

Su nido oculta allí la golondrina
Que alimenta tu mano cariñosa,
Desde el jardín su esencia peregrina
Te envía el lirio y la aromada rosa.

Al abrirse las puertas del Oriente,
La primera sonrisa de la aurora
Vuela á besar tu nacarada frente
Que asoma á tu ventana encantadora.

Riza la luz su cabellera de oro,
Aumenta tu ventana sus hechizos.
Y las aves entonan dulce coro
Que el céfiro galan prende en tus rizos

Me miras con amor, y te sonríes
Murmurando una frase cariñosa
Que suspira en tus labios de rubíes,
Y se esconde en mi pecho ruborosa.

Yo bebo delirante tu mirada,
La brisa ondula tus cabellos de oro,
Y al expresarse mi alma apasionada
Muerdo de dicha al pronunciar « ¡Te adoro! »

La primavera huyó. Pasó el estío;
Las hojas de la vid barren el suelo,
La brisa abuyenta el aquilon impío,
Y las nubes se agrupan en el cielo.

La golondrina abandonó su nido,
La flor perdió su brillantez galana,
La aurora busca su color perdido...
¡Ay, es que tú no estás en la ventana!

Otra vez volverá la primavera,
Y á su nido otra vez la golondrina,
Y tornará la brisa lisonjera
A la rosa su esencia peregrina.

Y la vid, mas hermosa, mas risueña,
Formará otra guirnalda mas lozana
Para velar la frente de su dueña,
Si su dueña se asoma á la ventana.

La aurora tornará con sus celajes,
Y la luz de tus ojos seductores
Colorará de nácar los ropajes
Del Ángel del rocío y de las flores.

Todo renacerá: todo mas bello
Te ofrecerá ilusiones y ventura,
Y yo que de tu dicha fui destello
Apuraré entre tanto mi amargura.

Tú la muerte me das; el desencanto.
Si mi alma rompe la prision humana,
Del cielo verteré mi triste llanto
Que el rocío será de tu ventana.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

EN UN ALBUM.

Es el amor un libro
En cuyas páginas,
Se encuentran esparcidas
Flores y lágrimas;
Y ¡ay! al abrirlo,
Unas veces lloramos
Y otras reimos.

Feliz tú, niña hermosa,
Si en él no encuentras,
Una página sola
Que te entristezca;
¡Feliz, oh niña,
Si el dolor no acibara
Tu dulce vida!

CÁRLOS CANO Y NUÑEZ.

El nido de águila.

La *Chasse illustrée* publica una tierna é interesante narracion, de la cual extractamos los principales párrafos:

« Algunos años mas adelante mientras me hallaba pescando cangrejos en el Green River, en medio del Kentucki, á poca distancia de su union con el Ohio, en una roca que sobresalía á flor de agua, apercibí en esta roca algunos excrementos blanquizcos; y al volver á Shark-Manor, adonde me habia convidado con otras personas M. Mac Dowell, conté á este el descubrimiento que habia hecho.

M. Mac Dowell me dijo que esos excrementos provenian sin duda del nido que una águila tenia en la cumbre de una montaña, en un pico escarpado, inaccesible, cuya cúspide se perdía entre las nubes.

— Si queréis ver cómo los padres llevan la comida á sus hijuelos, no tenéis mas que ponerlos en acecho por la tarde ó por la madrugada, y vereis al águila y á su hembra llevando presa en el pico y en las garras como yo mismo lo he visto quince días atrás. Sobre todo, añadió Mac Dowell, ocultaos bien y no fumeis, pues de lo contrario no veriais las águilas.

Apenas el sol empezaba á declinar hácia el horizonte, á eso de las cuatro de la tarde, me senté á unos cien pasos del pié de la roca, en compañía de dos amigos. Jamás me habia tardado tanto en pasar el tiempo, tal era mi impaciencia por satisfacer mi curiosidad.

Pasáronse dos horas que me parecieron un siglo sin que aparecieran las águilas. Por último, conocimos que venia una de ellas por el fuerte silbido de sus dos hijuelos, los cuales asomaron la cabeza al borde del nido. Habian divisado á sus padres y abrian el pico para que les dieran de comer.

Llegó primero el macho sosteniendo en sus garras un pedazo de carne de ciervo; le ví perfectamente mientras se sostenia en el borde de la roca, con la cola abierta y las alas medio extendidas.

Al cabo de pocos minutos llegó la hembra, y conocimos que lo era por su corpulencia, pues en las aves de rapiña las hembras son mas pequeñas, pero mas gruesas que los machos.

Tambien ella traía un pedazo de carne, pero mas precavida que su pareja, echó á su alrededor una mirada escudriñadora, conociendo sin duda que se habia descubierta su mansion.

En aquel mismo instante dejó caer su presa prorumpiendo en un grito ronco y amenazador; era el grito de alarma que daba al macho. Ambos comenzaron á cernirse sobre nuestras cabezas y la hembra continuó dando chillidos de cólera cual si con ellos nos amenazara y quisiese obligarnos á desistir de nuestros sospechosos proyectos.

Entre tanto, los hijuelos se habian escondido completamente en el nido.

Desistimos aquel día de observar mas y al volver á Shark-Manor convinimos en volver allí al día siguiente para apoderarnos de las águilas, así de los padres como de los hijuelos, pero tuvimos que aplazar nuestra excursion para mas adelante á causa del mal tiempo.

A los tres días, mientras nos hallábamos embobados en jugar á los cientos para matar el tiempo y no acordarnos de que estaba lloviendo, oímos terribles gritos en la entrada de la casa.

La mujer del *overseer* de Mac Dowell que apenas habia veinte y cinco días habia parido, dejó la cuna de su hija bien tapada delante de habitacion de su marido. La niña habia desaparecido, sin que se notara en ninguna parte el menor vestigio de sangre ni desórden. ¿Qué habia sido de la niña?

Sospechóse de pronto que la habian robado unos gi-

tanos negros, vagabundos, procedentes de los Estados del Sur y vestidos de menestrales que habian pasado cantando por allí y á quienes habiamos despedido sin escuchar sus maulerías.

El padre de la niña corrió en busca de los gitanos, y volvió sin haber hallado el menor rastro de su hija.

De repente uno de nuestros amigos exclamó:

— ¡Ah! quizás el águila se ha llevado la niña.

— Imposible. ¡Un águila llevarse un niño!

— ¿Por qué no? ¿Acaso no arrebatan con sus garras carneros?

— Si, pero no es lo mismo.

— No pienso yo así, y soy de parecer que vayamos á averiguarlo cuanto antes.

El padre de la niña que es un escocés que viste aun el traje de su país á pesar de hallarse lejos de él, tomó una cuerda capaz de sostenerle, y emprendió en compañía de cuatro robustos mozos la ascension de la roca tenida por inaccesible, donde tenia el águila su nido.

Por nuestra parte, provistos de buenas escopetas, nos encargamos de rechazar los ataques de las águilas y de matar á estas si fuese necesario y posible.

El padre de la niña y sus compañeros escalaron con gran dificultad rocas que se desmoronaban apenas ponian los pies en ellas.

Hubo un momento en que los perdimos de vista, hasta que al fin divisamos una cabeza en el punto mas alto de la roca y luego á todos los que á ella habian subido.

Los cuatro mozos bajaron una cuerda á lo largo de la roca, para que por ella bajase el padre de la niña á fin de averiguar si en el nido del águila estaba su hija. En efecto, allí estaba, segun así nos lo dieron á comprender con una señal los cinco hombres.

Un grito de alegría proferido por el padre de la niña nos indicó además que estaba viva, y segun despues se vió, el águila la arrebató de la cuna cogiéndola por los pañales y la puso en el nido al lado de los aguiluchos.

Por disposicion del padre de la niña bajóse la cuerda á lo largo de la roca y se arrolló su extremo en un peñasco saliente. Una vez hecho esto, aquel se asió á la cuerda y deslizóse hasta el punto en que las águilas tenian su nido formado de ramitas de árboles y de yerba seca.

En medio de esta cuna silvestre veíanse dos aguiluchos algo crecidos ya, pero todavía inofensivos, y á su lado la niña que tenia extendidos los brazos hácia sus salvadores, cual si la inocente criatura hubiese comprendido el peligro que habia corrido y del cual se habia ido á libertarla.

Mientras que el padre de la niña bajaba apoyándose en las manos y en las rodillas, las dos águilas que desde las nubes habian observado lo que acababa de pasar, habian acudido á defender á sus hijuelos.

El macho se encargó de atacar al padre de la niña, al paso que la hembra se abalanzaba contra sus compa-

ñeros, quienes por dos veces consecutivas rechazaron á palos y pedradas á las airadas aves. El padre de la niña recibió un aletazo que por poco le deja aturrido y le hace abandonar su carga.

Por fortuna antes de que el águila pudiese emprender de nuevo el vuelo, Mac Dowell le disparó un tiro, que la hirió, y muy luego empezó á dar vueltas sobre sí misma, hasta que al fin cayó en una torrentera donde despues la encontramos.

Tenia dos metros sesenta centímetros, contados desde uno á otro cabo de las alas,

El picadero de las caballerizas

IMPERIALES.

Las caballerizas del emperador han estado instaladas muchos años en el pabellon Caulaincourt, del nuevo Louvre. En este mismo periódico publicamos en 1860 (Véase el tomo XV, número 385, páginas 328 y 329) varios dibujos que re-

presentaban las partes mas interesantes de este importante servicio, confiado á la ilustrada direccion del general Fleury. Del Louvre las caballerizas imperiales han sido trasportadas á la isla de los Cisnes, á un edificio construido especialmente para este destino sobre planos en los que el refinamiento de la elegancia se combina maravillosamente con las exigencias de lo confortable. Quizá un dia visitemos este nuevo establecimiento; por hoy vamos á hacer nuestra última visita á la antigua instalacion del Louvre.

Por lo demás, no es decir que se hayan abandonado enteramente estas caballerizas, pues hay siempre en ellas un contingente de 39 caballos y un número considerable de carruajes para el servicio ordinario de la corte. Pero no bajaremos á las caballerizas ni á las cocheras, y subiremos inmediatamente al picadero, que está en el primer piso.

Quando se entra en el pabellon Caulaincourt, se distingue una elevacion artificial de terreno frente á las dos columnas que adornan la puerta de la construccion de la izquierda, ocupada por el caballerizo mayor. El piso bajo de la construccion de la derecha desaparece casi enteramente detrás de ese monton de tierra, sobre el cual se ha dibujado una doble rampa circular, adornada de galerias de piedra esculpida, con los escalones correspondientes. Al pié de la rampa, un lobo, un moloso, un jabalí, armados de colmillos de bronce, hacen centinela sobre su pedestal de granito. Arriba tres cabezas de caballo tambien de bronce, con las crines al viento,

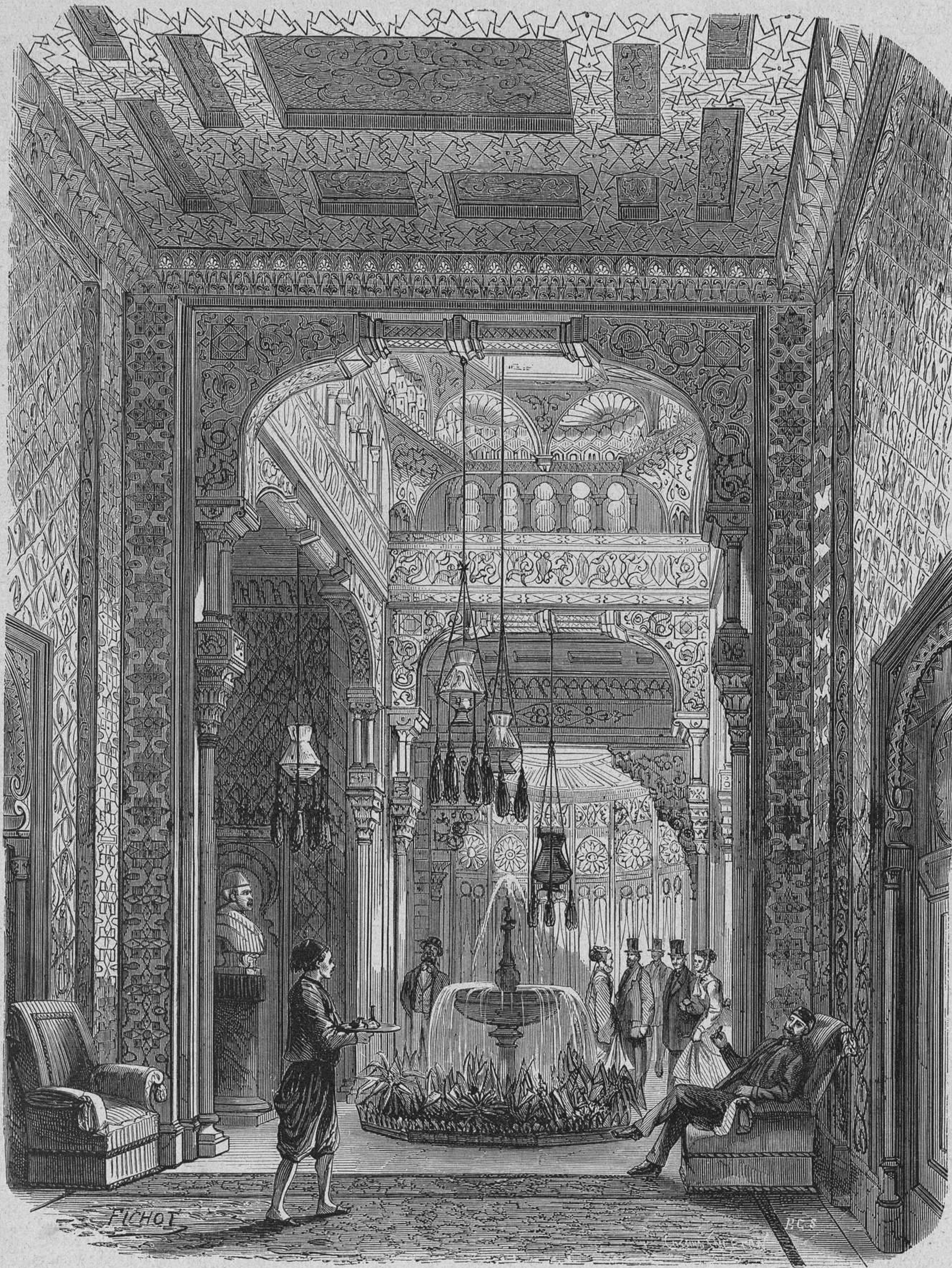
se destacan vigorosamente en relieve sobre una doble puerta monumental de madera de encina, con armadura de bronce.

Esta es la puerta del picadero.

Para llegar aqui es preciso pues que los caballos suban una escalera, lo que es ya difícil; pero la bajada es mucho mas difícil todavía.

El picadero tiene aproximadamente cincuenta pasos de largo sobre veinte y cinco de ancho, y le dan luz quince grandes ventanas que caen al patio y al muelle.

Pero lo que parece especialmente singular é inexplicable, es que la pista se halla dividida en tres partes por doce columnas gigantescas que se elevan hasta la bóveda, una bóveda muy atrevida y bonitamente pin-



EXPOSICION UNIVERSAL — Interior del palacio del virey de Egipto.

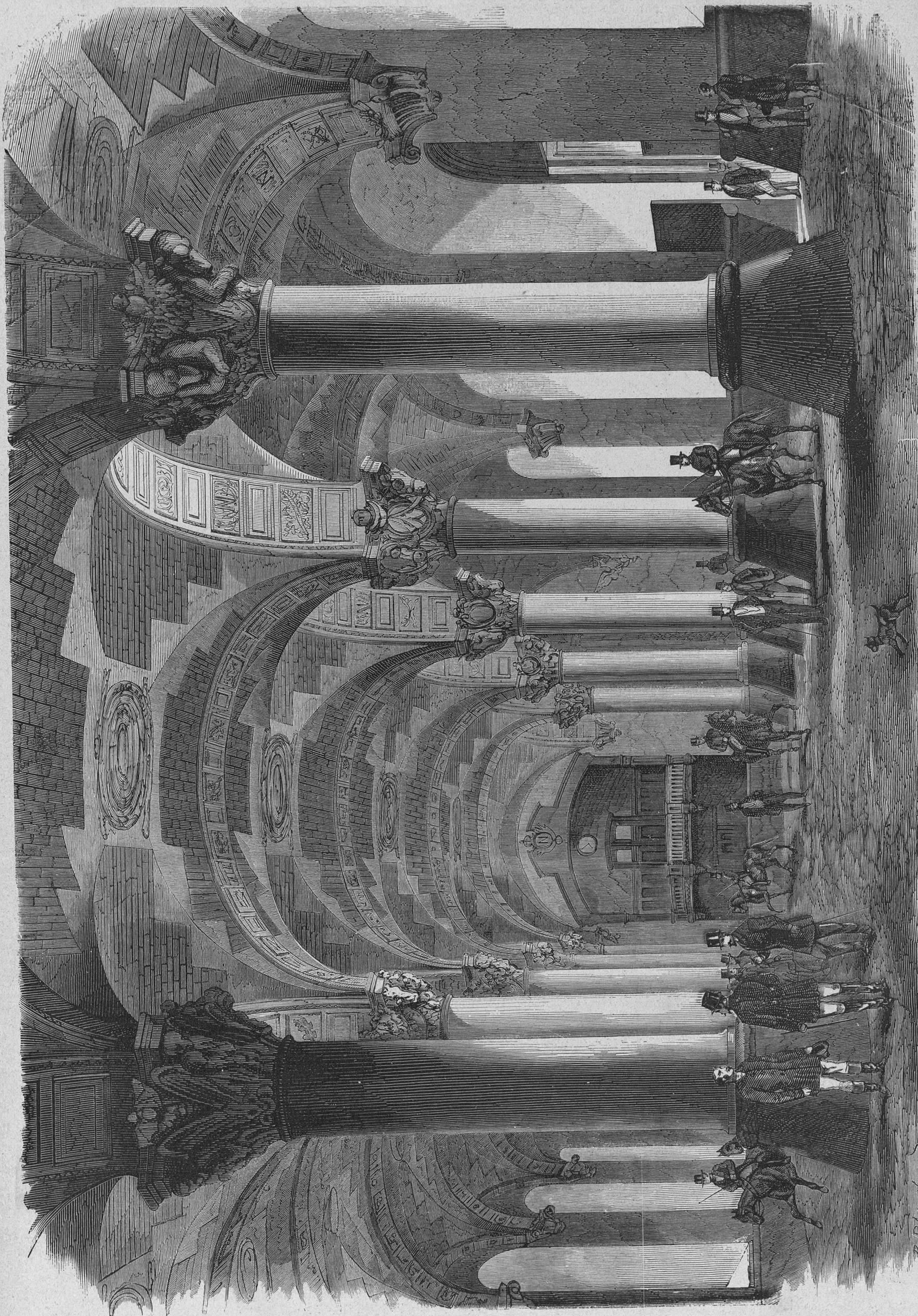
Quedaba aun la hembra, que era mas temible aun que el macho. Por tres veces atacó á los cuatro hombres, uno de los cuales recibió un aletazo en un ojo.

En el momento que pasaba á unos quince metros de distancia del sitio donde nos hallábamos, pude apuntar á esa fiera ave que cayó herida para no levantarse jamás. Al tiro que disparé contestaron con gritos de alegría los que habian subido á la montaña.

La niña estaba ya en los brazos de su padre, quien en un arrebato de cólera habia torcido el cuello de los aguiluchos.

Es por demás decir cuánto fué el gozo de la pobre madre al estrechar de nuevo contra su pecho y al ver sana y salva á su querida hija.

D. B.



PARIS. — Servicio de las caballerizas del emperador: el picadero del Louvre.

P. Blanchard

tada figurando ladrillos. En lo alto de estas columnas hay un coronamiento de esculturas de mérito, que representan cabezas de caballo, bridas, sillars y arrees de distintos países: todas estas cosas de sport son de un estilo original y se hallan perfectamente en armonía con el local en que figuran.

Esta columnata que corta la pista, contra todas las reglas, fué un puntal necesario para la bóveda, que cedía con el peso del salón de los Estados que está encima.

No obstante su defectuosa organización y la mudanza de las caballerizas, el picadero Caulaincourt tiene su utilidad, pues sirve de paseo para los caballos que están en el Louvre, y de terreno de prueba para los que llegan diariamente.

No olvidemos que el príncipe imperial ha tomado sus primeras lecciones de equitación en este picadero, bajo la dirección de M. Bachon, en tanto que el emperador y la emperatriz, colocados en la tribuna, aplaudían las evoluciones del joven príncipe.

Enfrente de la tribuna, un espacio vacío espera una estatua ecuestre de S. M. Napoleón III, de Barye, que debe completar la decoración con una obra maestra.

Si bajo el concepto de su destino especial, el picadero del Louvre presenta una perfección contestable, no deja de ser por eso una verdadera curiosidad arquitectónica y artística.

J. L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Antonio se volvió bruscamente y vió delante de él una joven esbelta y atrevida, de blondos cabellos y grandes ojos azules que le miraba sonriendo. La fisonomía de Antonio expresó tan profunda alegría, que Leonor no pudo menos de sonreírse de una manera notable.

— Me alegro mucho de veros aquí, le dijo. Todos esos caballeros son desconocidos para mí. Pero ¿qué debo esta agradable casualidad?

Antonio, contestando á esta pregunta, estaba en una disposición de espíritu que casi le embargaba el habla, abismado en la contemplación de aquella joven, que sin saberlo había sido dueña absoluta de sus pensamientos. ¡Qué desarrollo tan pasmoso se había operado en ella físicamente! ¡Qué bien le sentaba el blanco vestido que flotaba, guarnecido de flores artificiales! Su radiante mirada esparcía en derredor de sí un vivo resplandor, y su aspecto era el de una reina.

En seguida se entabló una animada conversación entre nuestros dos jóvenes, que se veían por la tercera vez, pero que tenían tantas cosas que decirse como si hubieran vivido muchos años juntos.

— Hoy bailaremos de cualquier modo, y no pararemos mucho la atención en nuestro maestro de danza, dijo finalmente la joven, lo que me place mucho. Pero ahora no puedo detenerme mas tiempo conversando á solas con vos. Hablad mientras tanto con otras señoras; yo vuelvo al lado de mi madre. Cuando empiece á tocar la orquesta, venid á encontrarme y os presentaré á mamá.

Y haciéndole un gracioso saludo, atravesó majestuosamente el salón y fué á sentarse entre un grupo de señoras.

Desde este momento vió Antonio disiparse sus terrores uno tras otro, bajo el encanto de su felicidad. Su timidez había desaparecido, penetrando en su alma el mas puro entusiasmo. ¿Qué le importaban todas aquellas señoras con ricos vestidos de color claro y adornadas con tanto lazo que giraban en su derredor ó que parecían clavadas en sus asientos? Eran para él tan indiferentes como una bandada de pajarillos á las yerbas de un prado.

Dirigirles la palabra y juntarse con ellas no encerraba ninguna dificultad. Nuestro héroe fué en seguida en busca de Fink y se hizo presentar por él á una docena de caballeros, cuyos nombres no pudo retener en la memoria. Llegan para él tanto valor como las hojas de un álamo de los que adornan los caminos. Luego rogó á Fink que le hiciera conocer algunas señoritas.

— ¿Has hablado ya á la señorita de la casa? preguntó Fink.

— No, respondió alegremente Antonio.

— Entonces date prisa, desdichado. ¿En qué piensas? ¡No dejarás de ser bien recibido!

— Tanto me da, dijo por lo bajo al oído á Fink mientras llegaban al sitio en que se hallaba Eugenia.

Ella se presentó naturalmente, respecto á él, tan indiferente como le fué posible, cual debía esperarlo después de haber retardado tanto saludarla.

A duras penas consiguió que le dirigiera algunos monosílabos, y habiéndose acercado á ella el teniente de Zernitz, no tardó en facilitar la ocasión á Antonio para que admirase las trenzas de cabello que le caían encima de las espaldas.

Nuestro joven no se mostró de ningún modo afectado por este desaire. No lejos de él, madama de Baldereck

dominaba con un ojo toda la reunión, con otro observaba á su hija, y con el sexto sentido, que no tiene nombre y que los murciélagos poseen, según dicen, en alto grado, espía todos los movimientos de Fink.

Antonio se acercó á ella apresuradamente, y le rogó que tuviese la amabilidad de presentarle á una joven con vestido de color de rosa y que al parecer llevaba unas espigas de plata entrelazadas en su brillante cabello castaño.

— ¿Queréis decir á la condesa Lara? preguntó la señora de la casa.

Antonio, inclinándose hizo un signo afirmativo, Lara, Eara, ó Massa, todo era igual para él en este momento. La condesa le miró sorprendida, pero él sin desconcertarse, habló á la joven con calor del placer que se prometía de las lecciones de baile; cambiando luego de objeto se ocupó luego de la bella decoración del salón y del gusto que presidía en el día al adorno de las habitaciones.

Finalmente con una hábil transición, se puso á hacerle la descripción del *Jardin de invierno* de París, la cual había leído la víspera en un periódico. Le pintó con despejo los saltos de agua, los magníficos invernáculos con barrones dorados, las montañas artificiales al lado de las plantas tropicales y las pequeñas salamandras que con gran diversión del público corrían por entre las plantas exóticas.

Refirió todo esto con tanto fuego, que la jovencita del vestido color de rosa acabó por salir de su mutismo, y cuando habló de los reptiles se animó á su vez y le contó que también ella había visto un día dos salamandras encima de un peñasco, cuyo espectáculo la había aterrorizado.

Si se hubiese dicho á Antonio que las dos salamandras habían permanecido con las piernas cruzadas sobre el peñasco y habían bebido cerveza en vaso de vidrio, esto le hubiera parecido un acaecimiento muy común en el dominio fantástico de la naturaleza.

Antonio estaba precisamente á punto de pasar de la conversación de las salamandras á otras sobre una grande exposición de calabazas que había tenido lugar en la ciudad, cuando preludió la orquesta; el vestido de color de rosa y las espigas de plata desaparecieron á sus ojos; con asombro de la joven dama se volvió bruscamente y se alejó sin terminar su discurso.

La reina de sus pensamientos estaba allí, hablando con su madre, que tenía hoy menos estatura que la hija, viéndose obligada á levantar la cabeza para mirarla.

La marcial audacia de Antonio se desvaneció cuando se encontró en presencia de la baronesa, cuyos delicados contornos, y maneras distinguidas y nobles, le habían llamado tanto la atención en otro tiempo.

Los años trascurridos no habían disminuido su belleza, y hoy que la veía de cerca, sufrió en mayor escala los efectos del encanto de que se hallaba dotada su persona.

A la primera mirada, la baronesa comprendió con su tacto natural que aquel joven estaba poco habituado á estar en sociedad. Se acercó á ella con exagerada cortesía; su sombrero que llevaba debajo del brazo, con la continuación del roce, tenía todo el pelo levantado como el de un puerco-espín.

— Este es M. Wohlfart, dijo Leonor con un movimiento de mano protector, el mismo que me ha valido por tu parte varias reprimendas. Si, señor, la primera vez que os ví, mamá me reprendió por haberos detenido tanto tiempo en nuestro jardín.

— Esto me causa mucha pena, contestó Antonio con la expresión de un profundo pesar. ¡Ah! no podeis formaros una idea de cuán feliz me ha hecho el interés que me mostró entonces esta señorita, digna hija vuestra. Yo corría en busca de un incierto porvenir, condenado á vivir entre personas desconocidas para mí. Vuestras consoladoras palabras me infundieron valor, señorita, y con frecuencia las he recordado en mis horas de soledad, como un presagio feliz de mi destino futuro.

— Decís eso de una manera muy tierna, exclamó Leonor mirándole fijamente.

La baronesa escuchó con sorpresa esos desahogos de Antonio y miró al sensible danzante con curiosidad, manifestando al mismo tiempo un ligero disgusto; pero Leonor interrumpió la conversación entablada entre su madre y Antonio, diciendo con cierto aire de inquietud:

— Mirad que ya se colocan las parejas, vamos á bailar.

Antonio cogió su mano con las puntas de los dedos y la condujo adonde estaban las parejas formando círculo.

— Valsa bastante bien, un poco ordinariamente, describe bastantes círculos, pero se mantiene muy firme, murmuraba Fink por la bajo.

— Es una distinguida pareja, exclamó madama de Baldereck muy cerca de la baronesa de Rothsattel, cuando Antonio y Leonor pasaron valsando.

— Habla demasiado con ese joven, dijo madama de Rothsattel á su marido que se acercó en aquel momento.

— ¿Quién es? preguntó el baron. Yo no le he visto todavía.

— Es uno de los compañeros de M. Fink, un huérfano; dicen que tiene parientes muy ricos en América ó en Rusia. Esta entrada de Leonor en el gran mundo no me satisface.

— ¡Y bien! repuso el baron, me parece un guapo muchacho. Para esta clase de diversión, una figura así vale mucho mas [que esos jóvenes coridos de que se

compone aquel círculo. Los jóvenes se divierten y distraen á sus parejas, en tanto que Benno Toennchen no tiene mas placer que hacer ruborizar á las jóvenes ó bien acostumbrarlas á ruborizarse. Leonor tiene un buen compañero. Voy á jugar al whist; cuando pidas el coche hazmellamar.

Antonio no oyó nada de cuanto se dijo respecto de él y de su pareja, y aun cuando la sociedad hubiera causado tanto estrépito en derredor suyo como pudiera haberlo la mayor campana del mas alto campanario, nada hubiese oído.

El globo era ya demasiado reducido para él, no tenía mayor espacio que el reducido círculo que recorría con su pareja. Todo lo que existía fuera de él era la oscuridad, el vacío, la nada; la que tenía entre sus brazos ocupaba todo su pensamiento.

No sentía, ni veía mas que la hermosa cabellera blonda tan cercana á su cabeza que con sus bucles tocaba los de Leonor; el dulce soplo de la respiración agitada de la joven que llegaba á sus mejillas; el encanto infinito unido al guante blanco de su pareja que ocultaba su suave mano; el perfume del pañuelo, y la flor encarnada que adornaba el cinturón del vestido.

Cuando permitía á Antonio, durante el baile enlazarla con sus brazos, cuando le miraba placenteramente, se detenía falta de aliento y se desprendía lentamente de su mano para arreglarse un brazalete ó bien para llevar por algunos minutos un lindo pañuelo á la boca; ¡qué gracia había en todos sus movimientos! ¡Qué encanto encerraba el gracioso saludo de sus ojos ó su ligera sonrisa, cuando Antonio decía alguna cosa que le agradara!

Y es menester advertir que tenía el don de agradarla; ella le decía que se expresaba bien y que tenía un placer en escucharle, y sin embargo su palabrería en sí no significaba nada.

Pero aunque la hubiera hablado igualmente de los habitantes de Nueva-Zelanda ó del emperador del Japon, siempre la conversación hubiera sido interesante, porque no eran las palabras de Antonio las que excitaban su interés, sino el modo de pronunciarlas, el homenaje silencioso que leía en sus ojos, el tembloroso sonido de su voz. Hé aquí lo que la halagaba insinuándose dulcemente en el corazón de la joven.

Los timbales y clarines de la orquesta enmudecieron, y de repente, para nuestros dos jóvenes danzantes, el globo terrestre volvió á hundirse en el caos y en las tinieblas.

— ¡Qué lástima! exclamó Leonor cuando espiraron los últimos acordes de la música.

— Os doy gracias por este momento de felicidad, dijo Antonio á Leonor conduciéndola á su asiento.

Mientras nuestro enamorado joven se vió arrojado de nuevo en medio de aquellas oleadas de hombres desconocidos, como un buque sin timón en las espumosas ondas del mar, Fink se acercó á él y le dijo:

— ¡Ah! socarrón, al fin te encuentro. O has bebido vino de Málaga, ó á mis ojos emprendes tu vuelo como un nuevo don Juan. ¿De cuándo acá conoces tú á la joven Rothsattel? Nunca me has dicho una palabra sobre este conocimiento. Es una linda muchacha y tiene un perfil clásico. Pero ¿la acompaña el talento?

En este momento Antonio hubiera sido capaz de declarar á su amigo que le inspiraba un profundo desprecio. Un estilo tan áspero no podía usarlo mas que un ser enteramente desnaturalizado.

— ¡Talento! contestó dirigiendo á Fink una mirada de odio y de ira; el que puede dudarle es de presumir que él mismo no tenga mucho.

— ¡Bah, bah! exclamó Fink atónito. A Dios gracias, no creo hallarme en una posición tan desesperada. Encuentro, en efecto esa joven, ó para usar el lenguaje pulcro de un hombre que sabe vivir en la sociedad que frecuenta, encuentro á esa noble señorita excesivamente amable, y si mi corazón no estuviera ya un poco comprometido en otra parte, no tendría ningún escrúpulo en declararme el rendido caballero de la feudataria, cuyo nombre me he atrevido á pronunciar. Pero en el estado en que se hallan las cosas, no me es permitido admirarla mas que de lejos.

Fink tenía buen fondo, y si no reparaba muchas veces en la elección de las expresiones, en cambio tenía un conocimiento exacto de las conveniencias, y lo que valía mas, un corazón de oro. Cogió á Antonio por el brazo, le estrechó fuertemente y le dijo:

— ¡Tienes razón! y continuando á su manera: ¡A fe mía, que debutas bien! Mejor quisiera meterme en un barril de pólvora que la mecha encendida que entrar en lucha con una gatita muerta como tú. Pero ahora permite que te diga que no olvides pedirle á Eugenia la primera polka; aunque está ya comprometida te lo agradecerá, y á lo menos habrás cumplido con ella. Hijo mio, estoy satisfecho de tí, continúa como has principiado.

Antonio continuó haciendo honor á su maestro. Ciertamente estaba embriagado, pero no por haber bebido Málaga. La música, la sobrexcitación producida por el baile y la estrepitosa alegría que reinaba en torno suyo, contribuían á aumentar su arrobamiento.

También mostró toda la noche un aplomo y un despejo inaudito, y salvó algunas ligeras faltas, se condujo absolutamente como una persona habituada al brillo de mil bujías y á que le sirvieran una multitud de criados. Vagas noticias sobre sus misteriosos parientes volaron de un lado á otro del salón.

(Se continuará.)



PERIODICO DE LAS NOVEDADES ELEGANTES, DESTINADO A LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

FIGURINES DE MODAS ILUMINADOS. — PATRONES. — CRONICAS DE LA MODA. — MODELOS DE TRAJES. — LABORES A LA AGUJA, TAPICERIAS, CROCHETS, BORDADOS, TOCADOS, ETC.

A nuestros lectores.

En los veinte y seis años que cuenta de existencia el *Correo de Ultramar*, los editores no han desperdiciado ninguna ocasion de introducir en el periódico todas las mejoras que han creído útiles ó agradables para sus lectores. Nada les ha detenido en tan difícil via, ni los gastos, ni los sacrificios, ni aun siquiera los graves sucesos políticos ocurridos en América desde hace algunos años, y que en tantos puntos á la vez paralizaron los resultados que debían esperar de sus constantes esfuerzos.

Con la *Parte Literaria del Correo*, cuadro fiel y completo del movimiento literario, artístico y científico de la época, se daban muchos figurines de modas con sus correspondientes artículos explicativos, y á beneficio de los cuales las lectoras asiduas de esta publicacion podían seguir, en cierto modo paso á paso, las modas europeas que constantemente varian y cambian.

Ahora bien, lo que bastaba hace algunos años, no es suficiente hoy que las comunicaciones, tan frecuentes como rápidas, han hecho desaparecer las distancias entre Europa y América; de improviso han surgido nuevas necesidades, y la obligacion de satisfacerlas no podía pasar desapercibida ante la vigilante actividad de los editores del *Correo*.

La acogida que tienen en América algunas publicaciones especialmente destinadas á las modas, labores de aguja, trajes, bordados y otras ocupaciones de la familia, no permitía poner en duda la importancia real de esta clase de publicacion, y sobre todo nos ponía en el caso de no desatender lo que parecía á un tiempo un progreso y una necesidad perentoria.

Acostumbrados á hacer las cosas debidamente, y sobre todo á cumplir con religiosidad todas sus promesas, los editores del *Correo de Ultramar* se han aplicado á estudiar con detencion las mejoras de esta clase que les era dado realizar, y convencidos de que en esta via de progreso no podrían menos de hallar simpatía, benevolencia y proteccion, no han vacilado en plantear esta mejora, á pesar de las cargas onerosísimas que ella les impone, y se felicitan de poder anunciar su cumplimiento, desde este primer número del año de 1868,

Con efecto, desde hoy tendrá cabida dos veces al mes, en la *Parte Literaria*, una seccion nueva y especial designada con el título de: LA MODA DEL CORREO DE ULTRAMAR; y esta seccion, exclusivamente reservada á las modas, labores de toda clase, patrones de vestidos,

24 figurines de modas de señoras en papel del tamaño del periódico, dibujados por Compte Calix, grabados en acero é iluminados á la aguada.

6 figurines de modas de hombres, tambien iluminados.

12 patrones de modelo grande, conteniendo mas de **600** dibujos de bordados, cifras, labores, etc.; y **30** modelos de vestidos, trajes para niños fáciles de cortar ó de calcar para sacar los patrones.

432 columnas de texto, en las cuales se intercalarán mas de **150** modelos de trajes completos, tocados, y **250** modelos de labores de aguja, tapicerías, crochet y otros accesorios destinados á ocupar los ócios de todas las familias.

La MODA DEL CORREO DE ULTRAMAR será el mas completo é interesante de los periódicos de modas que se publican en Europa; los importantes tratados que acabamos de firmar con los principales dibujantes y las primeras casas de modas de Paris, harán de esta publicacion la Gaceta fiel de las modas y de sus variaciones, el verdadero código del mundo elegante. La facultad de poder fotografiar á su nacimiento las creaciones del traje moderno, le asegurará una incontestable superioridad sobre las publicaciones de la misma especie dadas á luz en el extranjero, y que recibiendo de Paris todos sus elementos, no pueden transmitirlos á América, sino con un retraso considerable, envejecidos, desflorados ó abandonados ya por las personas aficionadas á novedades.

Las 18 columnas de texto que contendrá cada número, estarán confiadas á escritores especiales afamados ya en el arte del traje, é iniciados desde mucho tiempo á las necesidades de la moda.

Cada número, como se ve en el presente, contendrá, con el título de *Crónica de la Moda*, una revista completa de todas las novedades parisienses, y por medio de artículos especiales se darán explicaciones detalladas de los figurines de modas, de los trajes, labores y demás cuyas figuras irán intercaladas en el texto.

Para concluir esta introduccion á la seccion inaugurada hoy, diremos que esta mejora, cuya importancia se observará desde luego, no ocasionará aumento alguno en el precio de suscripcion á este periódico.



Nº 1. Traje de paseo.

tocados, etc., vendrá á ser el verdadero Diario de las señoras y las señoritas.

Para dar una idea de su importancia, bastará detallar aquí lo referente cada año á esta nueva parte de la publicacion,

Los editores-propietarios,
X. DE LASSALLE Y MÉLAN,

Crónica de la Moda.

SUMARIO. — Un programa en breves palabras. — De las ventajas de los dibujos en las crónicas de la moda. — Entrada en materia. — Las novedades de la temporada. — El furor del oro en los vestidos, los sombreros y los tocados. — Las telas en boga. — Los vestidos que deben llevar las niñas á los bailes. — Los trajes claros y oscuros. — Los encajes negros. — Enumeración de los vestidos mas elegantes creados por las modistas parisienses. — La polaca. — Los fichus á la última moda — Modelos de fichus para trajes de baile. — Los sombreros. — El modelo Trianon y la fanchon Victoria. — Los peinados.

Al comenzar nuestras tareas de cronista de la Moda en esta nueva sección inaugurada hoy en la *Parte Literaria del Correo de Ultramar*, debemos apresurarnos á decir que esta reforma radical aconsejada á la empresa por su deseo de complacer á sus amables lectoras, simplifica mucho el trabajo de esta revista, al paso que la da una importancia que no ha podido tener hasta ahora.

Con efecto, en todo artículo de modas es cosa muy esencial el dibujo: mas hace por lo regular una simple muestra, apreciable con un golpe de vista, que una larga descripción hecha á la pluma. Ahora bien, en el día la abundancia de dibujos nos permitirá dar á conocer cuantas novedades produzca la moda, sin tener que omitir, como hasta aquí, algunas que antes tuvimos que pasar en silencio, porque como decimos, el dibujo es indispensable en ciertos casos. En suma, para expresar en dos palabras nuestro programa, en este primer artículo nos haremos cargo de la moda en general y luego se encontrarán aparte descripciones especiales y suficientemente detalladas del figurin iluminado, de los trajes intercalados en el texto, de los tocados, de las labores de tapicería, bordados, etc. que se encontrarán en estas páginas.

Principiemos pues, diciendo desde luego cuáles son las novedades mas elegantes que para este invierno se preparan.

El lujo no decae en los prendidos de baile. Las ricas telas de seda lisas ó estampadas, acompañadas de oro, plata, perlas y todo cuanto brilla, hé ahí lo que quiere la moda.

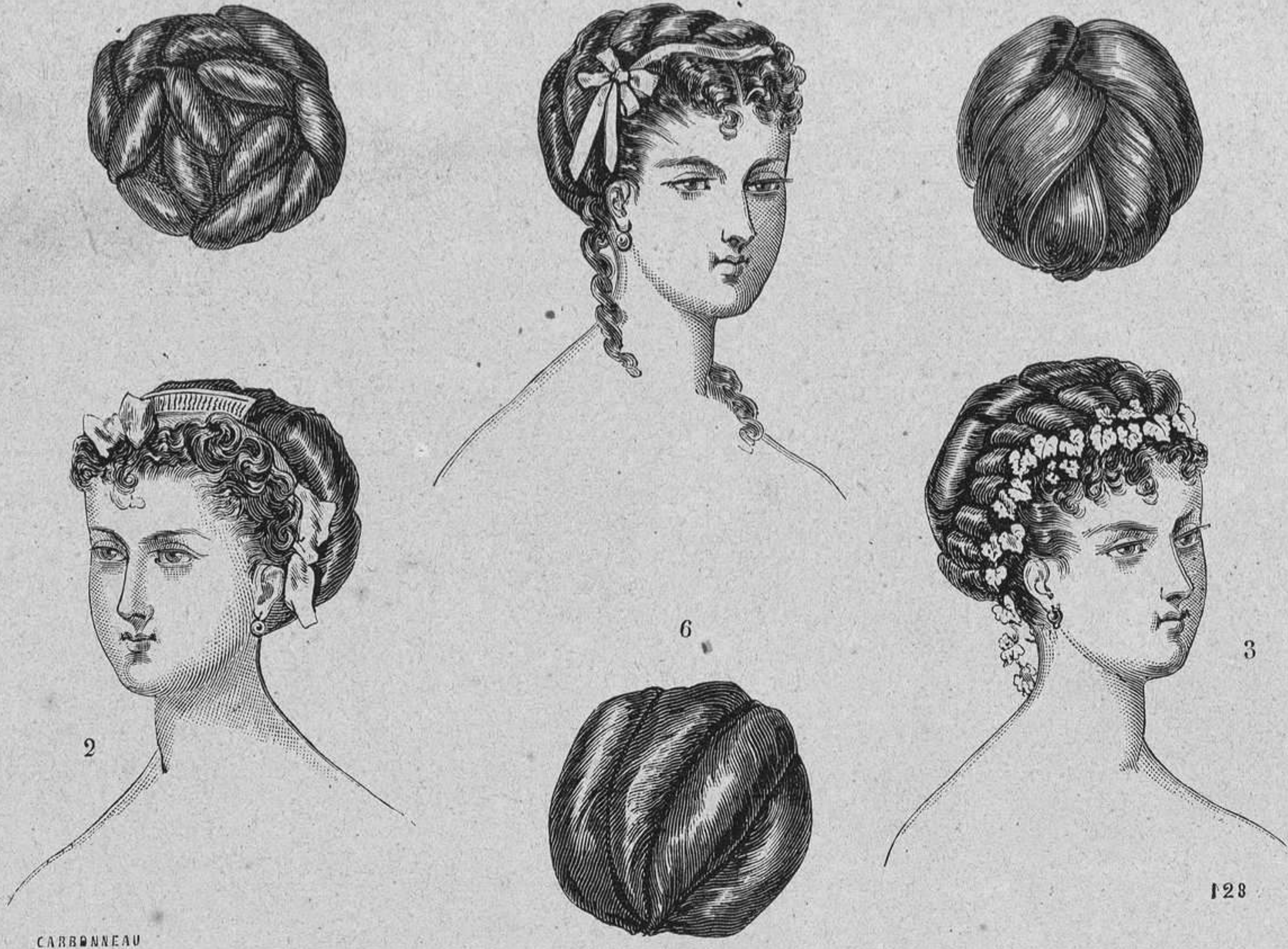
La moda no quiere mas que la riqueza, y así es que se siembra el oro por todas partes, en los vestidos, en las confecciones, en los tocados y en los sombreros; es el furor del oro.

Hasta tal punto es así, que vamos á señalar un prendido de baile relativamente sencillo, si se compara con lo que veremos este invierno en las fiestas oficiales.

Vestido de seda blanco liso, con túnica de raso azul galoneada de plata; franja de plata en el corpiño.

Las niñas no deben mostrarse en los bailes sino con trajes ligeros y vaporosos. Algunas mamás consienten en que se pongan vestidos de seda; pero á nuestro juicio hacen mal, pues lo que mas conviene á la juventud es la gasa, el tul y la tarlatana.

Para comidas de ceremonia es indispensable en Paris el vestido escotado; y así es que



Nº 2. Modelos de tocados y rodetes postizos.

todas las parisienses se hacen los vestidos con dos cuerpos, uno alto y otro escotado, para las comidas de ceremonia y las reuniones en pequeño.

Las telas de seda, raso, moaré antiguo ó terciopelo, son muy á propósito para estos trajes.

Los vestidos claros se reservan para las niñas y para las señoras muy jóvenes; pero en general son mas buscadas las telas de colores oscuros, y basta negras, y con razon, pues estas aumentan siempre el brillo y la blancura del cutis.

El año último hicieron furor los trajes enteramente negros. Se llevaron hasta para baile, lo que no se habia visto nunca. No sabemos que las señoras elegantes tengan idea de abandonar esta temporada una moda que las sentaba tan bien, y así es que aparecerán en los salones mas aristocráticos muchos magníficos trajes, compuestos exclusivamente de encajes negros.

Ya hemos dicho que los trajes que se hacen en el día son mas originales que nunca, y sin embargo, no por eso dejan de ser distinguidos.

Para calle y para traje de interior se usa mucho la polaca.

detrás lleva una larga cola. Los sesgos suben por cada lado del delantal.

Corselete verde de raso, adornado de sesgos blancos, con el mismo adorno.

Este corselete se entreaire sobre un cuerpo blanco parecido á la primera falda y guarnecido con una nieve de tul, sobre la cual se aplica un cordon de follaje de raso verde jaspeado y orlado de perlititas blancas.

Mangas verdes muy cortas, adornadas por abajo con tres sesgos bordados de negro.

Otro traje, para comida de ceremonia, tiene de raso blanco la primera falda.

En el bajo sobre tres hileras, hay un cordon de pequeñas cocas de cinta de raso número 9, color punzó.

Polaca gris de raso, guarnecida de cisne, con cuerpo del mismo patron, muy escotado en forma cuadrada por delante, sobre un corpiño alto de raso blanco, que lleva la escotadura adornada de pequeñas cocas de raso; el delantero del escote cuadrado del cuerpo gris está guarnecido de cisne.

Mangas interiores, blancas de raso.

Mangas edad-media grises, guarnecidas de cisne.

En trajes de visita citaremos igualmente este elegantísimo modelo:

Un vestido de faye granate rosa, adornado con siete puntas de raso del mismo color aplicadas sobre la falda y mucho mas anchas por abajo que por arriba.

Un ancho encaje de Chantilly forma guarnición, pero solo en el bajo de las puntas.

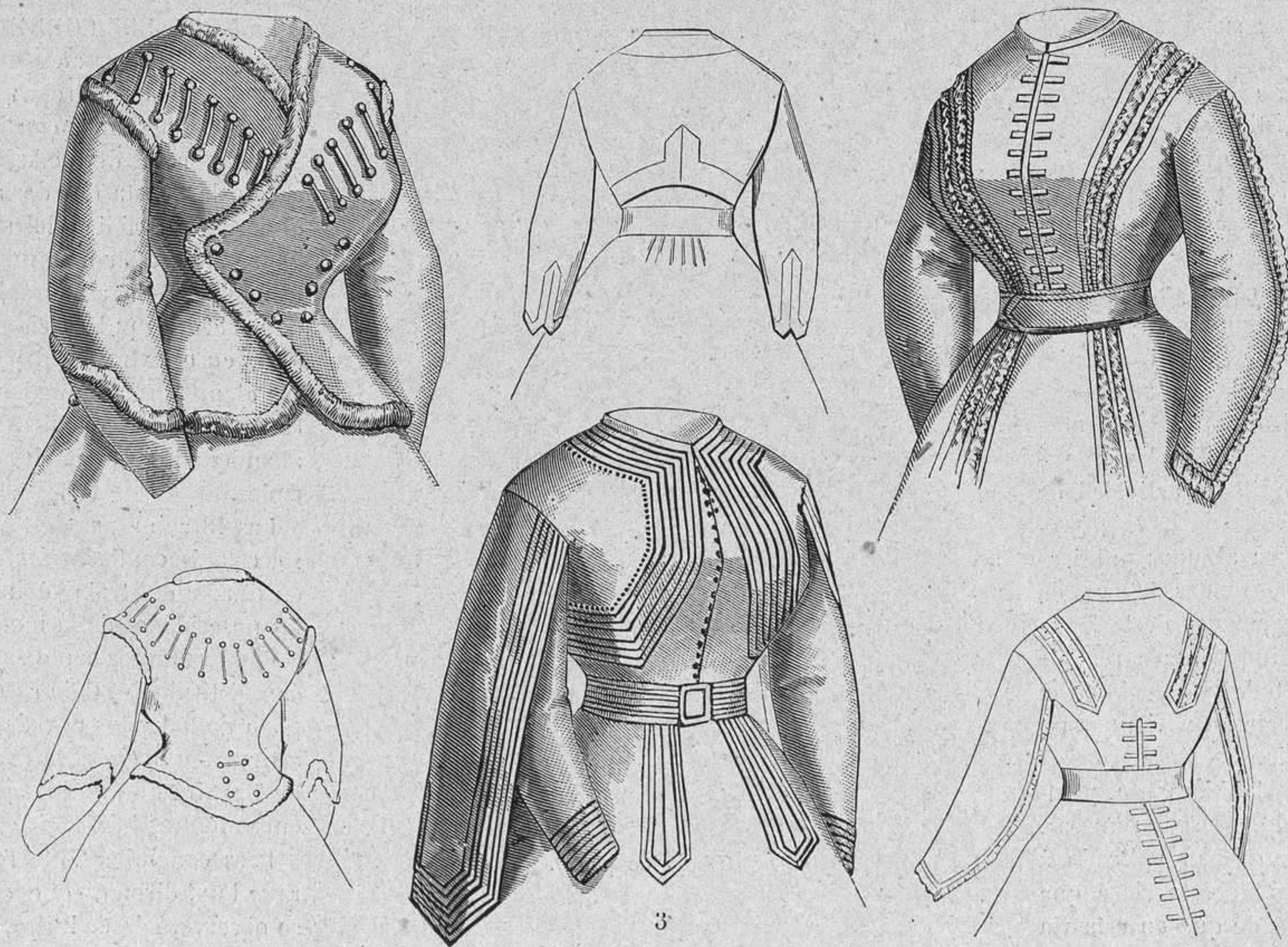
Cuerpo alto, abierto en forma de chal por el delantero.

Sobre esta abertura solapas de raso formando punta, y guarnecidas con un encaje de Chantilly de 10 centímetros, cosido llano.

Mangas justas, adornadas con un jockey de raso formando punta en medio, realizada de encaje.

Otro traje muy original, se compone de una falda gris de poul de seda, adornada á los lados con un hermoso bordado perlado de azabache y ejecutado al pasado.

Cuerpo liso, adornado en los hombros con tres sesgos de faye de un gris mas oscuro, formando punta, y terminados en las extremidades con tres agujeros



Nº 3. Modelos de corpiños á la última moda.

tas de pasamanería gris perlada de acero. Corselete formando medio rombo puesto en sesgo por delante, y haciendo por detrás al prolongarse sobre la falda una larga punta chal, en tanto que por delante forma dos puntas mas pequeñas.

El corselete y sus puntas son de faye de color oscuro, y están adornadas al borde con una fina pasamanería calada, formando follaje.

Mangas justas, del mismo color gris que la primera falda.

Para los vestidos que llevan hacia el escote un adorno de relieve ó liso que se quiere dejar ver, así como para los vestidos altos, se hacen diferentes clases de fichus, unos altos y otros abiertos.

Los primeros, y que mas se llevan con el vestido cerrado hasta arriba, son los cuellos amazona, ó los llamados golilla Enrique IV

Para los cuerpos abiertos en forma de corazon, hay el modelo chal, que figura una especie de banda lisa, disminuida de anchura hacia abajo.

Hemos visto un precioso cuello de este género que estaba listado de entredos de Valenciennes.

Otro, tambien del mismo patron, es simplemente de muselina lisa, adornado al rededor con seis hileras de calados.

Para de noche se hacen lindisimos fichus de los llamados Maria Antonieta.

Entre los últimos modelos citaremos uno compuesto todo de tul de Bruselas, formando muchos pliegues, anchos como una cinta número 4.

Sobre los hombros, en medio de la espalda y sobre los delanteros, se pasa entre los pliegues una cinta de raso ce-reza.

Sobre las partes caladas de raso, se fija un rombo de guipure.

Las puntas están dispuestas tambien en varios pliegues, bajo los cuales, y al través, se pasan cintas.

Los sombreros que se hacen actualmente son mas lindos que nunca; son obras maestras de distincion y de verdadera elegancia.

Entre los mas nuevos tenemos el precioso modelo

Trianon, luego la bonita fanchon Victoria, y luego tantos que es preciso renunciar á su enumeracion.

Vale mas hacer descripciones.

El modelo Trianon tiene un precioso casco de terciopelo malva y un ala un poco levantada, guarnecida con una drapería de raso del mismo color, sobre la cual vuelve un cordon de follaje de terciopelo orlado de plata.

En el interior, rizado de blonda y de follaje; y bridas-barbas de tul orladas con una alta blonda.

rosa abullonado. Una trenza de raso, guarnecida de blonda blanca, viene á cruzarse sobre la barba.

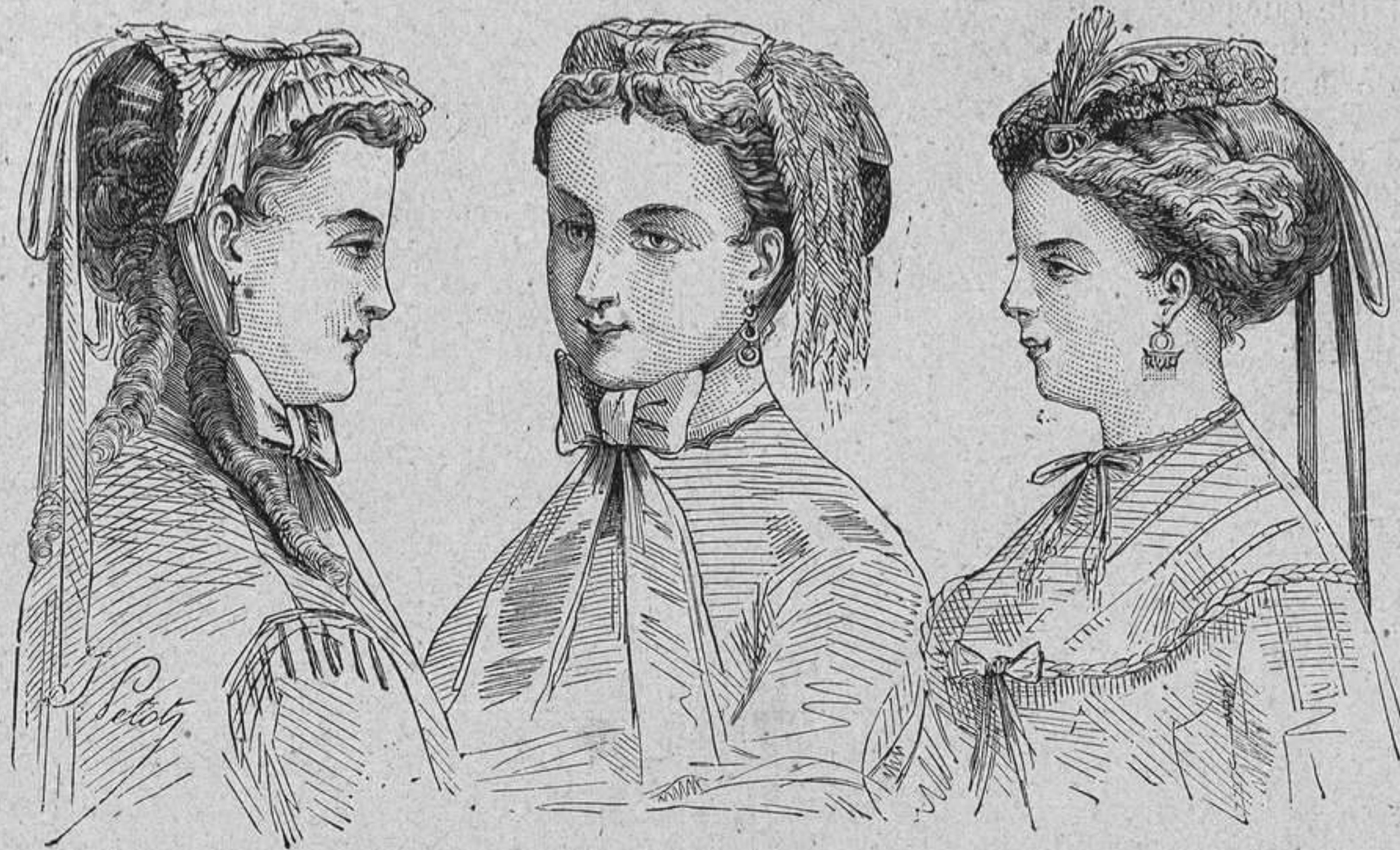
Al lado una gruesa rosa con follaje de terciopelo negro. Nada mas gracioso y elegante.

Podriamos multiplicar hasta lo infinito los modelos de sombreros, pero los citados ya dan una idea del gusto actual, y esto basta.

Al principio de la temporada se han hecho diferentes tentativas para cambiar la forma, pero todas vanas, pues los sombreros continúan pequeños y mas graciosos que

nunca. Es verdad que para esto hay una razon, y es que si el sombrero debiera envolver los rodetes que hoy se llevan, seria preciso darle proporciones gigantescas. Esta moda de los peinados añadidos ha cundido tanto que nadie en Paris deja de seguirla, y se hacen los peinados postizos mas originales. Pero esto toca á las descripciones especiales de los dibujos que van en este número, y por lo tanto concluimos aqui nuestra crónica.

JULIA.



Nº 4. Modelos de sombreros.

Descripcion del figurin iluminado que acompaña á este número.

Primer traje. — Vestido de raso azul claro; falda derecha por delante y de cola muy larga por detrás, cubierta con una falda Maria Antonieta de encaje blanco, con grandes puntas que se enlazan por detrás, siguiendo la ondulacion de la falda de raso.

Cuerpo escotado con drapería de encaje.

Lazo de roseta en el talle por detrás. Tocado adecuado al traje y guante blanco.

Segundo traje, compuesto de una falda color encarnado y de un vestido de muselina clara, formando cola.

Cada paño está adornado con un ancho entredos de guipure. Un alto volante fruncido y orlado de guipure se une al entredos y termina la falda, que va acompañada de un corselete español de raso encarnado, sujeto al pecho con cordones. En cada hombro un adorno de

Otro es de terciopelo negro, adornado de follaje violeta con orla de azabache.

El redondel del casco es de raso violeta, y está cubierto de barritas de terciopelo negro.

Una fanchon de encaje de Chantilly pasa sobre el sombrero formando barbas.

Cintas de terciopelo violeta que se atan por detrás.

La fanchon Victoria es una alhaja, que dificilmente puede describirse con la pluma.

La fanchon Victoria es, para teatro, de tul blanco y



Nº 5. Traje de calle.



Nº 6. Traje de baile.

130

CARBONNEAU

131

cordones. En el bajo del corselete guarnicion de borlas. El cinturon va anudado por detrás. Tocado artístico y guante blanco.

Nº 1. Trajes, tocados, labores y demas cuyos dibujos se intercalan en el texto.

Hé aquí un bonito y elegante traje de paseo. Vestido de poul de seda negro, compuesto de dos faldas: la primera está adornada con tres volantes de raso negro; la segunda, formando túnica, con un pequeño volante de raso, y mas corta por delante que por detrás, está retenida por dos anchas carteras de raso negro, adornadas con un pequeño volante de la misma tela.

Cuerpo-redingot ajustado y abrochándose al lado, de seda negra, como la falda y con guarnicion idéntica. Mangas perdidas, con mangas interiores de raso.

Sombrero Médicis de terciopelo negro; bandó de terciopelo rubí con dos hileras de gruesas perlas de azabache. Ancho lazo y cintas de atar de raso negro.

Nº 2. Modelos de tocados y rodetes postizos.

Nº 1. Tocado de soirée. — Los pequeños bandós de delante son ondulados, y el rizado menudo que cae sobre la frente está hecho con alfiler. Los lados se componen de cocas muy poco marcadas. El rodete forma cinco rulós que envuelven la cabeza.

Nº 2. Tocado sencillo. — La raya está sacada al lado, y todo el bandó está rizado formando aguas. Lazo de cinta y peineta por delante. Rodete cuadrado compuesto de tres cocas.

Nº 3. Tocado de baile. — Por delante rizado con alfiler, lo que constituye un nuevo peinado. Toda la cabeza está guarnecida de cocas pequeñas. Un grueso cordón forma el rodete. Guirnalda de follaje de geranio.

Nº 4. Rodete compuesto de pequeñas cocas entrelazadas.

Nº 5. Rodete de gruesos mechones rizados.

Nº 6. Rodete compuesto de cuatro cocas de raices estrechas.

Nº 3. Modelos de corpiños á la última moda.

Damos varios modelos de distintas formas de corpiños recientemente creados, y que sobresalen bastante de lo que hasta ahora se ha hecho. Hé aquí su descripción:

Nº 1. Chaqueta Bismark. — Esta chaqueta, de terciopelo gris, está guarnecida de pieles de astrakan. La botonadura es de plata, y las trencillas de plata ó de seda blanca.

Nº 1 bis. Espalda de esta misma chaqueta.

Nº 2. Corpiño de tafetan, guarnecido de pequeños sesgos de raso de 2 centímetros de anchura, y de bullones de tafetan.

Nº 2 bis. El mismo corpiño visto de espalda.

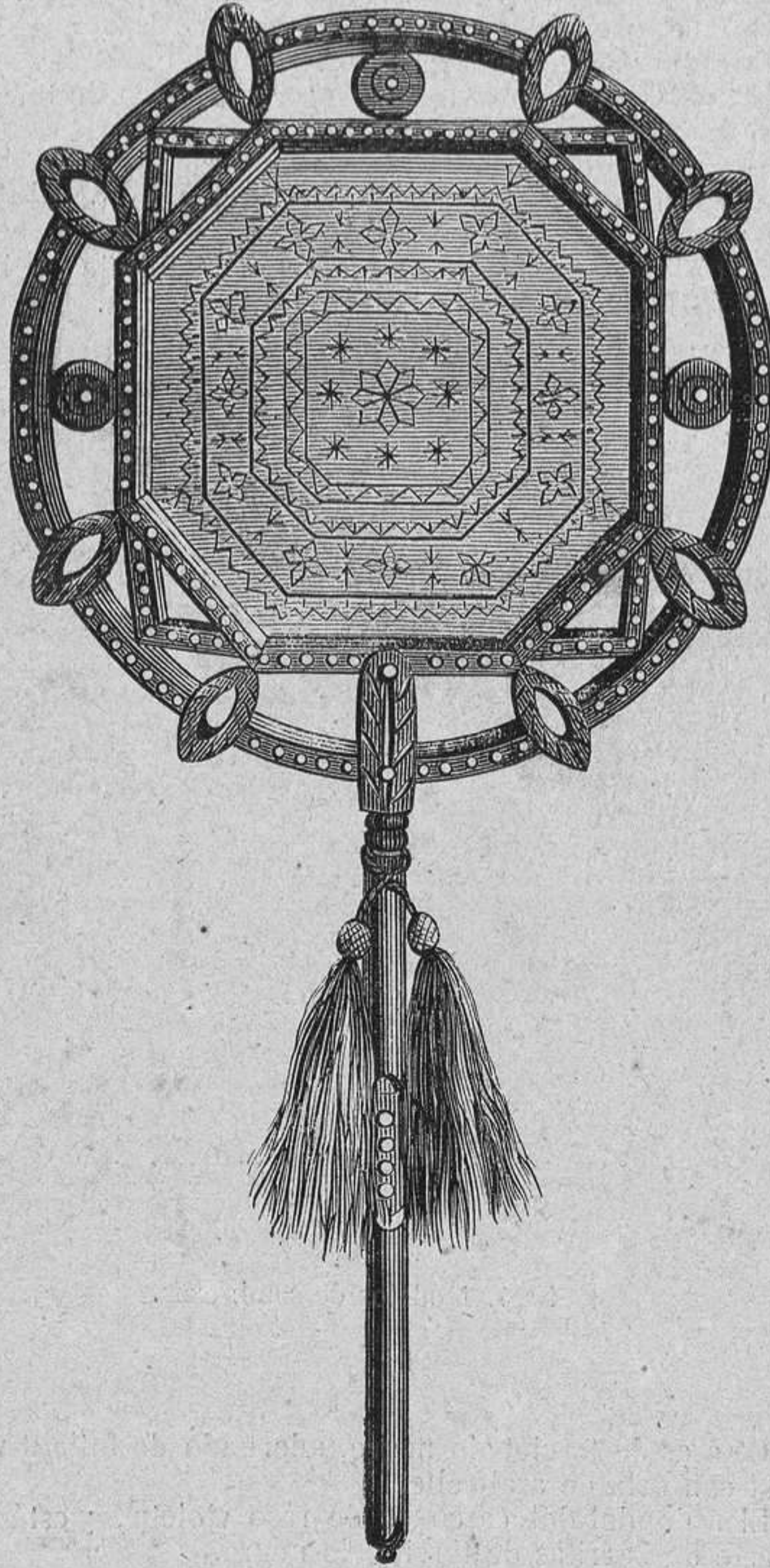
Nº 3. Cuerpo de paño, cuya guarnicion de pequeños galones ó de rulós de raso, figura una chaqueta griega.

Nº 3 bis. Espalda de este mismo cuerpo.

Nº 4. Modelos de sombreros

Por los modelos que acompañan, verán nuestras lectoras que los sombreros parisienses se han reducido á las mas exiguas proporciones, aunque no por esto se han excluido de ellos la gracia y la elegancia.

El primero, á la izquierda, es una *fanchon* de blonda blanca, con lazo de terciopelo azul sobre el lado; otro lazo de largas puntas tambien y de terciopelo azul cae sobre el rodete. Las cintas de atar son de terciopelo.



Nº 7. Pantalla ó abanico de chimenea, de madera esculpida con su bordado.

El sombrero de en medio es de terciopelo negro, y lleva un grueso lazo de terciopelo violeta sobre lo alto de la cabeza; caída de plumas color de violeta y cintas de atar de terciopelo negro.

El tercero es una toca de casa de terciopelo Bismark,

rodeada de plumas rizadas del mismo color. Una pluma derecha de un tono mas claro está sostenida al lado por un broche de oro y acero mezclados; y unas cintas Benoiton caen por detrás hasta la cintura.

Nº 5. Traje de calle.

Este traje de calle es de la forma corta tan á la moda, y puede hacerse de cualquiera tela. El de nuestro modelo es de los mas elegantes. La primera falda es de raso negro con cinco pequeños rulós coronados con aplicaciones de azabache. La segunda falda es de terciopelo negro y va recogida. Cuerpo ajustado, tambien de terciopelo negro; una trenza de raso orla los contornos, y un ancho cinturon de raso con franja bordada de azabache cae sobre el lado. Manguito de astrakan; sombrero de terciopelo color de abejerro dorado, diadema de terciopelo perlada de oro, y largo velo de blonda negra.

Nº 6. Traje de baile.

Este traje se ha ejecutado para un gran baile oficial que ha de tener lugar próximamente, y es propio para toda señora de treinta á cuarenta años.

El vestido de larga cola, es de raso azul, y puede hacerse tambien de poul de seda, de moaré antiguo ó de raso de todos los colores, claros ó vivos.

El adorno de abajo, la berta, el cinturon, todo el ornato del vestido, es de punto de gasa, ó llámese punto de Alenzon.

Los pendientes, el collar, el corazon del narciso de terciopelo blanco, que se distingue en el cabello, son una mezcla de turquesas y de brillantes.

Con este prendido se lleva un abanico de encaje blanco sobre fondo azul, con montura de nácar.

Sin embargo, este mismo traje puede servir para una señorita ó para una señora jóven, y en este caso se confecciona del modo siguiente:

Primera falda de faye blanca, guarnecida en el bajo con una guirnalda de follaje matizado y abrigantado.

Segunda falda de tarlatana ó de tul blanco, recogida por ambos lados con un ramillete de flores y largos rastros de follaje.

Ancho cinturon de raso blanco con largas puntas. Cuerpo Luis XV con guirnalda de follaje sobre bullon de tul; fichu de blonda plegado. El mismo follaje cae sobre la falda á partir de la cintura.

Pendientes, collar y medallón de oro mate.

No hay para qué añadir que si este traje se aplica á una jóven, se han de quitar todos los rastros de follaje que recorren la falda, únicamente el cuerpo puede soportar el mismo ornato.

Nº 7 y 7 bis. Pantalla ó abanico de chimenea, de madera esculpida con su bordado.

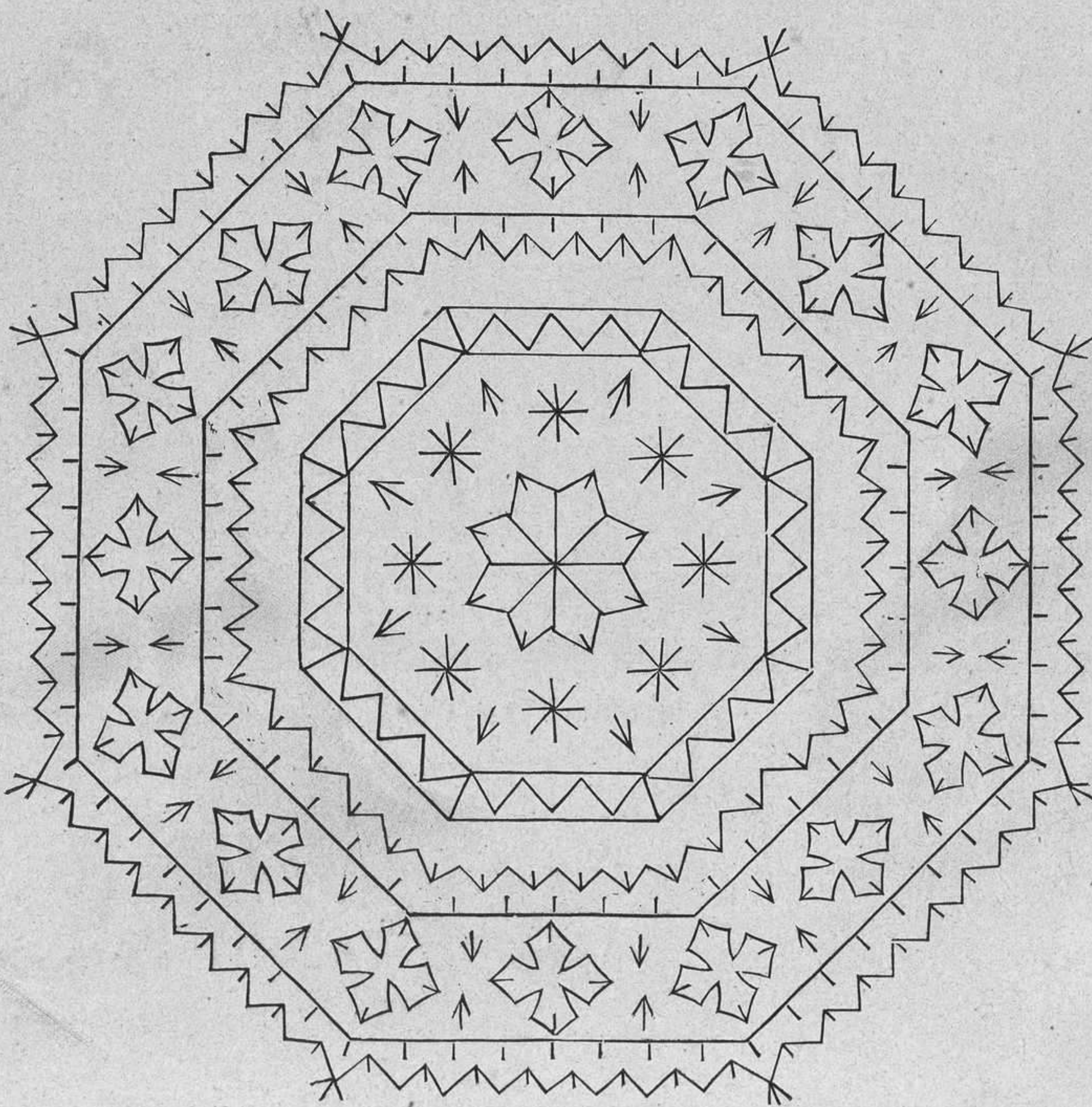
El modelo de estas pantallas ó abanicos de chimenea, enteramente nuevo, es de madera negra, imitando el ébano, y está finamente esculpido é incrustado de lentejuelas de acero.

Se guarnecen como se quieren, ya de cachemira bordado, ya de redcilla imitacion de guipure, y se forran de raso ó con una rica roseta al crochet.

Damos aparte el dibujo de tamaño natural de un bordado á punto lanzado sobre cachemira punzó de seda fina.

Las líneas y los festones son negros con puntos amarillos. Entre las líneas los motivos son azules con puntitos blancos y grupos de tres puntos lanzados blancos.

El feston entre dos líneas es verde, y las líneas del mismo color. La estrella del centro es azul, unida á las extremidades con puntitos blancos. Las estrellitas que rodean la del centro son amarillas, y los grupos de tres puntos lan-



Nº 7 bis. Bordado de la pantalla ó abanico de chimenea.

zados que alternan con las estrellas son blancos.

Antes de comenzar el bordado hay que forrar el cachemira de tela de algodón y tenderle sobre un telar-cito de bordar.

Cualquiera puede hacer estos abanicos muy fácilmente. Basta cortar un cartón de la forma del abanico, tender el cachemira bordado por encima, y forrar el cartón con una tela de seda ligeramente almohadillada. Se cubre la costura con una trencilla de seda. Se fija el todo al palo del abanico mediante un punto de seda negra en cada uno de los ángulos. Este objeto acabará de hacerse elegante, si se enlaza al mango una trencilla que remate con hermosas borlas de seda.

El dibujo puede servir para tapetillo de tocador; se le rodea con una ruche de cintita punzó.

Nº 8. Cuadro, entredos y puntilla de filocha bordada.

Coser un cuadro de filocha mecánica en un marco de alambre cubierto de cinta; este cuadro debe tener 25 puntos ó mallas. Empezar el trabajo por en medio. Hacer una cruz de 5 mallas en sesgo con un topo en medio. Para el trabajo en relieve, tender dos hilos de cada lado del que está ya puesto, luego pasar un hilo alternativamente por debajo y por encima formando una hoja; hacer lo mismo para las otras. Llenar el fondo de *points d'esprit*. En cada ángulo hay una rueda; se hace tendiendo el hilo en cruz, un topo en el centro y un ruedo á punto de feston todo al rededor. Se rodea con una orla el dibujo del centro, se tienden dos hilos en sesgo de los cuatro lados; despues se pasa el hilo por debajo y por encima de los hilos tendidos, lo que forma como una trencilla. Para las cuatro esquinas del cuadro se empieza por hacer todo el fondo á *points d'esprit*, y se bordan los relieves por encima como se ha hecho para el dibujo del centro.

El entredos y la puntilla se hacen del mismo modo, festoneando las mallas ó puntos de la filocha recortada para hacer el borde de la puntilla.

Nºs 9, 9 bis y 9 ter. Cuna y modelos de cubre-piés.

Hé aquí un modelo de cuna de una forma tan nueva como elegante. Este modelo es de bambú barnizado, color oscuro, y por fuera está guarnecido con un lambrequin de piqué blanco, recortado á grandes ondas redondeadas. Estas ondas se bordan con trencillas de algodón blanco y están ribeteadas con un estrecho galon y un fleco Tom Pouce de algodón blanco. El interior de la cuna está almohadillado de percalina ó de tafetan rosa ó azul.

Ordinariamente ponen en las cunas un jergoncillo de tela de algodón blanca, relleno de varech ó de helecho seco. Hay que tener dos para que alternen. Sobre este jergoncillo se pone una pelleja de cordero, que debe cambiarse cuantas veces la moja el niño. La pelleja de cordero es superior á los fieltros, al hule ó cualquiera otro tejido, porque es mas caliente, mas suave y nunca

adquiere un olor desagradable. Esta pelleja se lava con un cepillo y agua de jabon tibia.

La almohada debe ser de tela de algodón rellena de crin blanca muy fina; las almohadas de pluma no son sanas para los niños.

Los utensilios de la cuna se completan con una sábana de percal ó de lienzo; encima del dobladillo, por el lado del embozo que cae sobre la manta, se puede ejecutar un bordadito, así como en la orla de la almohada; luego hay una manta de lana blanca, y luego un cubre-piés, que puede ser de tafetan almohadillado, de piqué blanco ó de lana, al crochet ó á punto de media.

día; poner el punto que no ha sido hecho sobre el que ha sido hecho; 2 puntos de media. Repítase.

2ª vuelta. — Tirar la lana sobre la aguja; hacer 2 puntos juntos por el revés, y 2 de media, tambien por el revés. Repítase.

Estas dos vueltas se repiten cuatro veces.

Cuando el pedazo del fondo tiene ya el largo suficiente, se cose la franja al rededor, y luego se añade el fleco anudando dos dobles hebras de lana de 8 á 10 centímetros de largo sobre cada malla de la orilla de la franja.

Variedades.

LOS SOMBREROS.

Voluminosos libros y dilatadas galerías de pinturas habria que examinar de propósito y con sumo cuidado, para tener puntual noticia de cómo se ha cubierto la menos preciosa mitad del género humano, la cabellera, calva ó peluca, desde los tiempos mas antiguos, segun las exigencias de la necesidad ó los caprichos de la moda.

Sin contar las «mitras» y los «solideos» de prelados y demás sacerdotes: no fijándose en las «capelinas» y los «almofares», ni en los «morrones» y «chascás» de los hombres de guerra: circunscribiéndonos á España, y dando por industria perdida la de los «bonetes», muy lucrativa para la de los toledanos y muy beneficiosa para la redencion de cautivos hasta fines del siglo décimosexto; y olvidando tambien las «cerozas» del Santo Oficio y los románticos y negros «capuces», aun nos quedarían los indígenas alcaldes de «monterilla» y no poca gente de «gorra.»

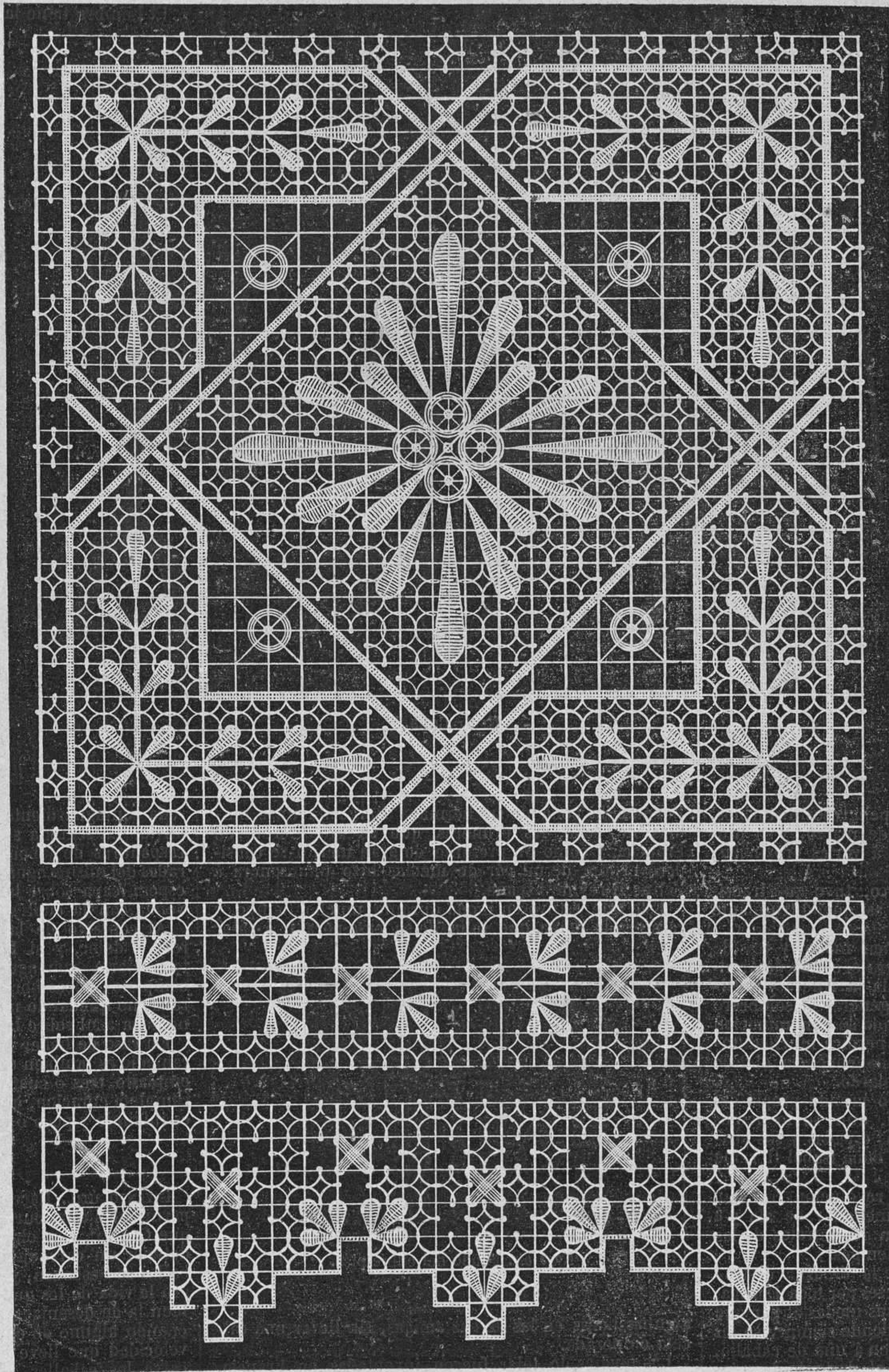
Á la verdad, con reducir las indagaciones al origen y á la vária fortuna del «sombrero», se ahorra el que las hace subir á épocas muy lejanas, y la dificultad disminuye sobremanera, si bien no tanto que se preste el asunto á la improvisacion ó la adivinanza.

No es chica fortuna la de poder consignar desde luego que la significacion etimológica del «sombrero», revela á las claras que su primordial uso fué el de hacer sombra. Se dice que lo empezaron á usar los sajones y que no se menciona esta prenda del vestido por cronistas ni poetas anteriores al siglo décimocuarto, y que á los principios eran de fieltro ó de lana y de varios colores.

Entre nosotros, el sombrero de copa baja y alas extendidas, llamado posteriormente á la «chamberg», y qui-

zá desde que se comenzó á levantar por delante, se une á la memoria de nuestras proezas militares.

Mientras Fernando el Católico daba el tono al traje de corte con la gorra de poco vuelo, y Carlos V con la flamenca, semejante en la hechura á una boina vascongada, y Felipe II con esa especie de caperuza que se ve en sus mejores retratos, de tan poca gracia, á pesar de ser mucha la del pincel de Pantoja, y los Felipes III y IV y Carlos II con la gorra á estilo de Francia, los héroicos aventureros españoles paseaban el sombrero de anchas alas detrás de Colon y de Cortés y Pizarro por las Antillas y los imperios de Motezuma y de Atahualpa, y al rededor del mundo con Magallanes y Cano;



Nº 8. Cuadro, entredos y puntilla de filocha bordada.

Damos dos dibujos de punto de media para las personas que deseen hacer un cubre-piés de este género.

El primero representa una parte del fondo, y el segundo una parte de la orla del cubre-piés, del tamaño natural.

Para hacer el fondo hay que montar 210 mallas.

1ª vuelta. — 1 menguado (es decir, hacer 2 puntos juntos), se tira la lana sobre la aguja, y se repite así hasta el fin de la vuelta. Esta vuelta, que forma el dibujo, debe hacerse del lado derecho de la labor.

Franja. — 1ª vuelta. — Se tira la lana sobre la aguja, 1 punto sin hacer, cogido por el revés, 1 punto de me-

y nuestra gloriosa infantería lo adornaba con los fecundos laureles de Cerinola, Pavia, San Quintin y Lepanto, y además con los estériles y muy costosos, ganados durante siglo y medio por los célebres tercios de Flandes.

Calando sombrero de tres candiles, se nos vino la nueva dinastía, y lo adoptaron los palaciegos, sin que las demás clases de ciudadanos se fuesen al hilo de tal corriente, antes bien se pavonearon en los tiempos de Felipe V y Fernando VI por calles y plazas con sombrero literalmente gacho.

Lo quiso reformar Carlos III al subir del trono de Nápoles al de España, empezando por obligar á que se le apuntaran los oficiales del ejército fuera de servicio, y los miembros de la magistratura; continuando por no permitir que se presentara nadie en ciertos sitios públicos de sombrero gacho, y resolviendo al fin su extinción absoluta al sétimo año de suceder á su hermano en la corona de Dos Mundos.

No era un censurable capricho el que le dictaba tal providencia; se propuso no menos que extirpar escándalos y crímenes á la luz del día, pues envueltos los hombres en capas con que barrían los suelos, y cuyo embozo les tapaba mas de media cara al par que las alas de los sombreros gachos les caían sobre los hombros y se abarquillaban por detrás y por delante, sin exageracion parecían sinrostros bultos é iban de máscara á todas horas, y de resultas no se daban mano los alcaldes y ministriles á echársela á los delincuentes, siendo muchos los que á beneficio del disfraz comun lograban escape.

Mas por de pronto, el buen monarca dió el golpe en vago, como que la medida, encaminada á ser prenda segura de orden inalterable, fué ocasion de peligrosos disturbios, que rompieron en Madrid á fines de marzo, y se pagaron durante el mes de abril á varias provincias, é hicieron general el desasosiego.

A pesar de su teson característico, tuvo que transigir el príncipe con los sediciosos, y así quedó triunfante el sombrero gacho.

A fuerza de persuasion y de buen modo, y tras de merecer la popularidad mas lisonjera el conde de Aranda, como capitán general de Castilla la Nueva y presidente del Consejo, se hizo de uso general el sombrero denominado de tres picos, asentando su denominacion en términos de gastarlo todavia la heróica muchedumbre que dió el magno grito de independencia el 2 de mayo de 1808 al lado de Daoiz y Velarde.

Por última prueba de haber sido prenda propia del traje popular casi media centuria, aun se lo hemos visto usar al famoso Montes y demás espadas y sus cuadrillas en la plaza de toros, siendo doña Isabel II reina de España.

Desde los primeros dias de la revolucion francesa empezaron allí los sombreros á menguar de ala y á crecer de copa, segun lo patentizan los retratos de las personas de mas viso en aquellos tiempos.

Como antes de la restauracion de la dinastía destronada se habian extendido los franceses por toda Europa, naturalmente dejaron difundidas sus modas al par que sus ideas hasta en nuestra patria, donde siempre se les miró de mal ojo, y de donde salieron á uña de caballo, tras de pagar á subidísimo precio el diseño de sujetarnos á su yugo.

A. F. DEL R.

**

ALFILERES Y CALCETAS. Los alfileres fueron inventados en Inglaterra en 1543. Hasta entonces las damas se servian de agujas de madera, marfil ó de espigas muy largas. En el día se han generalizado tanto, que solamente en Paris se calcula que se consumen 60.000.000 por año.

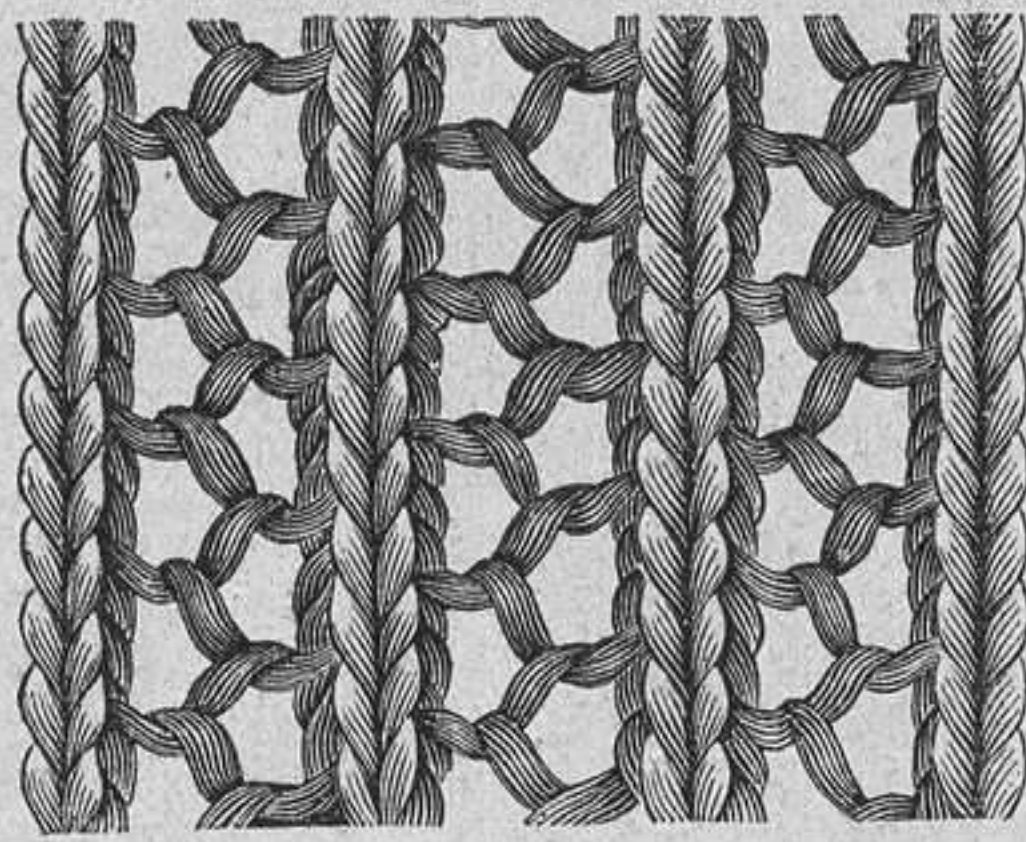
El arte de hacer calceta data del siglo XVI. Enrique II



Nº 9. Cuna.

llevó en la boda de su hermana Margarita unas medias de seda, las primeras que se conocieron en Francia, y como un presente de gran mérito se consideró el que de un par de medias hizo una señora á Felipe II rey de España.

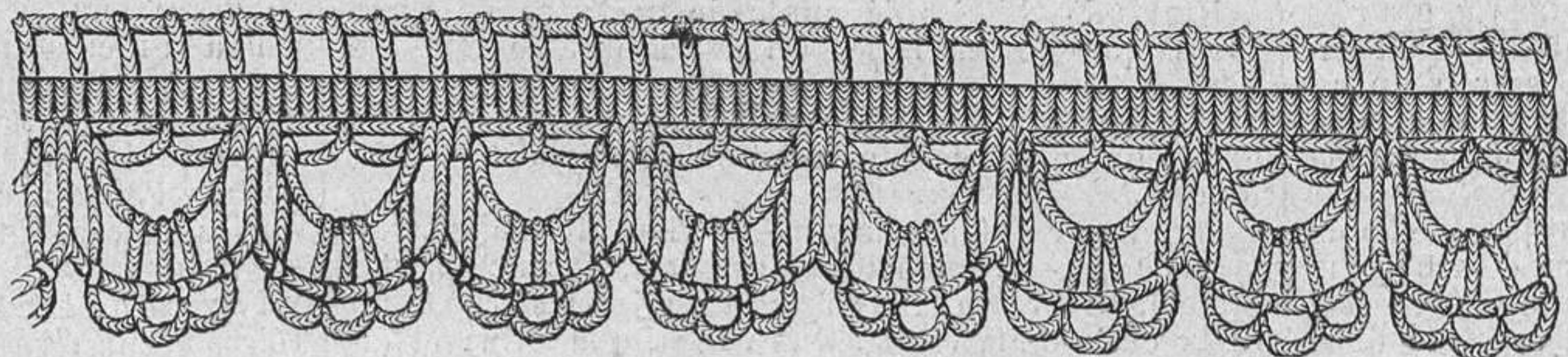
Este arte estuvo en moda durante mucho tiempo, y rara era la dama que salia de su casa para ir á pasar



Nº 9 bis. Fondo del cubre-piés.

algunas horas en las de sus amigas, sin llevar una calceta empezada.

Las medias de telar fueron inventadas en Francia, trasportadas á Inglaterra, y vueltas á introducir en Francia en 1656, por un francés llamado Hindrel. Con todo, su perfeccionamiento data tan solo del año 1808. La excesiva baratura de las medias de telar ha contri-



Nº 9 ter. Encaje para el cubre-piés.

buido á que nuestras jóvenes de hoy no se dediquen con tanto afán á la antes indispensable calceta.

**

LA VIDA. El hombre es un reloj que tiene cuerda para setenta años; hay hombres de mas ó menos dura. Esto depende unas veces de la fábrica de donde sale, otras del trato que le dan las manos en que caen.

Unos adelantan hasta que se pierden de vista; otros atrasan que es un dolor, y estos, por lo regular, suelen tener malísima vejez, si una mano inteligente y hábil no les da á tiempo un golpe en el registro.

Un reloj de fábrica conocida se puede garantizar por un año. El mas seguro de los hombres por un día.

El hombre tiene la esfera en la cara, el minuterero en la nariz. Por la nariz y por la cara venimos siempre en conocimiento de la hora que es en aquella máquina inteligente.

El hombre honrado tiene la máquina en el corazón: el hombre de talento la lleva en la cabeza: el sensual en el estómago: el banquero en el bolsillo: solo el tonto no tiene máquina; es un reloj de sol.

La mujer es un reloj de lujo que suele tener despertador, y á veces hasta música, pero nunca varía su sonata.

Echaos si no á observar por esas calles y encontrareis en todas partes talentos de repetición; modestias de campana, virtudes con escape. Todos marchan mientras les dura la cuerda de la vida, en tanto que la mano de la muerte se aproxima á la hora suprema con paso breve para el venturoso, lento para el descuidado, imperturbable para todos.

**

RECETA. Por si puede ser útil á nuestras lectoras, publicamos á continuación una receta contra las quemaduras, que ha producido los mejores resultados.

Cuando una persona se ha quemado, debe rociar lo mas pronto posible la parte abra-

sada con aguardiente, lo cual ya produce un inmediato alivio. En seguida se hace una especie de pomada con raspaduras de jabon bien batidas con dos ó tres cucharadas del mismo aguardiente, de la cual se coloca una espesa capa sobre la parte dolorida, y otra sobre una venda con la cual se liga.

Al contacto de la frescura de la pomada, desaparece el dolor, y si bien reaparece algunas veces, basta rociarla con aguardiente para que se quite por completo; pocas horas despues, la quemadura está curada, no quedando mas señales del accidente que una mancha azul sobre la piel.

En caso de haber la quemadura producido llagas, el remedio es tambien eficaz: no hay mas que renovar el emplasto tres ó cuatro veces al cabo del día hasta su completa curacion, que, segun los resultados obtenidos, es infalible y poco ó nada dolorosa.

**

INVENTO ÚTIL. Hace pocos dias se hicieron algunos experimentos muy curiosos en la entrada Norte del Parque Central, con objeto de averiguar la posibilidad de detener un carruaje instantáneamente cuando los caballos se desbocan, y por consiguiente se pone en peligro la vida de los que van dentro del carruaje; y tambien la de desenjaezar instantáneamente á los caballos, cuando alguno de ellos se cae, por mucha que sea la velocidad que lleve el vehiculo. En el caso de desbocarse los caballos solo es necesario tocar un resorte para que las guarniciones y las correas se separen acto continuo, y los animales queden libres para ir donde mejor les parezca, y el mismo resorte hace que cese el movimiento de las ruedas y el carruaje se detenga gradualmente. El que se empleó en el experimento contenia cuatro señoras y el cochero, é iba tirado por dos caballos, uno de los cuales estaba montado por un jinete de profesion. Cuando el coche llegó á Harlem Lane el jinete hizo que los caballos saliesen á todo galope; el cochero tocó entonces el resorte, y el carruaje quedó separado del tronco en el mismo instante, con no poca admiracion de los presentes